UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

BAJO LA CRUZ DEL SUR

OBRAS DEL MISMO AUTOR:

Cuentos y diálogos .... 1918.

La verdad sospechosa.......... .... 1918.
(Estudio sobre Alarcón en CULTURA.)

Resúmenes de literatura mexicana (primera edición). 1918, (agotado.)

Como en la vida (drama). 1918, (agotado.)

Resúmenes de literatura mexicana (segunda edición.) 1922.

EN PREPARACION:

Sor Adoración del Divino Verbo (novela.)

La caída de las flores (drama.)

El drama de América (drama.)

Balada de Navidad (comedia.)

Lo que ella no pudo prever (comedia.)

TRADUCCIONES:

Como en la Vida, al portugués por Affonso Varzea.

Como en la Vida, al inglés por G. Medici de Solenni.

Lo que ella no pudo prever, al inglés por G. Medici de Solenni.

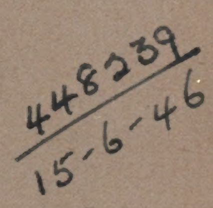
HSAm
J616b

JULIO JIMENEZ RUEDA

BAJO LA CRUZ DEL SUR

IMPRESIONES DE SUDAMERICA.





LIBRERIA EDITORIAL DE MANUEL MAÑON.
3A. DE TACUBA, 14.
MEXICO.
1922.



Es propiedad, queda hecho
el depósito conforme a la ley.

TIP. MURGUIA.—Avenida 16 de Septiembre, 54.

LAS CIUDADES

BUENOS AIRES.

Llego a Buenos Aires en la mañana fría y brumosa de un domingo. Llueve y las calles se encuentran casi desiertas. Rumbo al hotel, por la Avenida de Mayo, me dispongo a contemplar y a entender la maravilla de esta ciudad que ha sido cantada por tantos poetas. Durante el viaje he oído de todo, alabanzas y vituperios sobre las cosas y las gentes de la Argentina. Me quedo con las primeras y desecho en seguida los segundos.

La primera ciudad latina del continente y la segunda del mundo, bien merece que se le rinda pleito homenaje a la maravilla de sus casas, a la belleza de sus mujeres y a la alegría de sus habitantes.

Veamos punto por punto, cada una de estas cualidades que hemos sorprendido en el fugaz recorrido del taxi por las calles aun somnolientas de la ciudad.

No hay necesidad, tan siquiera de apuntar que Buenos Aires es una ciudad nueva. De la ciudad vieja, relativamente vieja, formada por barracas de madera y lámina apenas si queda recuerdo, muy al sur cerca de la Boca y bordeando "El riachuelo", en el pintoresco barrio marinero habitado por las gentes que ha sabido cantar últimamente Héctor Blomberg. La gran ciudad data de cincuenta años a la fecha. Los principales edificios nacieron con el siglo o son menores en edad que los cuatro lustros que estamos a pique de finiquitar en estos días.

No encontrará el amante de lo viejo, como lo soy yo, para mi ventura, esos edificios patinados por el tiempo, de piedra gris en la que ha hecho presa el muérdago, de balconajes tomados de orín y portaladas de madera que con trabajos se han defendido de los ataques reiterados de la polilla. Ni escudos a cuarteles, ni celosías, ni calles empinadas, ni plazas románticas empedradas en el siglo XVIII, ni leyendas de duendes, ni confesiones **post-mortem** ante frailes atónitos, ni aventuras de encrucijada, ni tantos bellos cuentos de milagrería a que han dado pábulo las ciudades de Lima, de Santa Fe de Bogotá, de Cartagena de Indias, de Querétaro o de México en la Nueva España. Ante edificios suntuosos, de cinco, seis y hasta catorce pisos, no por cierto de la pesadez bárbara de los neoyorquinos, palomares humanos perforados por cuadriláteros que hacen las veces de ventanas, sino airosos, ele-

gantes, muy renacimiento francés o italiano. Mansardas, columnatas, profusión de cúpulas airosas que coronan las esquinas, torreones de esbelto dibujo, agujas que apuntan al cielo.

Contemplad la ciudad desde lo alto del restaurante del pasaje Güemes. Os asombrará, desde luego, el bosque de estípites que surge de los tejados y que adoptan los más graciosos e interesantes dibujos que se pueda imaginar. Perillones, remates, prismas esbeltos, mil y un figuras de un enorme juego de ajedrez que tuviera por tablero a la ciudad simétricamente trazada.

Desde luego el edificio de la municipalidad nos llamará la atención, su fachada blanca, su almohadillado del primer piso, sus balaustradas, su friso, su mansarda, su reloj, ¿será esta una reminiscencia de los campaniles europeos? su cúpula y la aguja enhiesta que domina a la ciudad. La Municipalidad vigila desde ahí las palpitaciones de vida de la urbe. ¡Oh, antiguos torreones del Hotel de Ville, de los burgos medioevales!

Al otro extremo de la carrera, cerrando la soberbia Avenida de Mayo, el solemne Capitolio presenta a la admiración incontenida del viador el prodigio de su mole blanca, marmórea de templo griego de la Ley. Más esbelta la cúpula que la del Capitolio de Wáshington, es bella, es noble, es latina.

Este pueblo que es rico, y lleva en su alma el amor por lo bello ha sabido crear eso y crear mucho más. Día tras día, un enorme trans-

atlántico desembarca en las riberas del río un cargamento de inmigrantes italianos y españoles. La Apulia, la Calbria, Nápoles y Venecia, Vasconia y Galicia, ofrecen a estas tierras el tributo de su hijos y con ellos la tenacidad de una raza, el amor a la luz, a los paisajes soleados, a la alegría del golfo teñido con colores claros y luminosos, que es la herencia y la vida de los otros. Son los argonautas, Jasones nuevos a la conquista del vellocino de oro, que traen a la tierra que los acoge como a hijos una aptitud artística superior, una armoniosa vibración en sus espíritus, un hálito ferviente, apolíneo que siembran con la semilla y riegan en la pampa.

Por eso, en el terreno menos propicio, robando al río palmo a palmo el fango que se agrupaba en el estuario, luchando con la esterilidad de la tierra y la inclemencia del suelo, los argentinos han sabido hacer una ciudad bella, una ciudad armoniosa, digna hermana de sus hermanas prestigiadas por el tiempo, por el refinamiento de la civilización, la elegancia transmitida de siglo a siglo y de pueblo a pueblo. París, Viena, Roma, Madrid...

El argentino sabe que cada monumento que levanta, que cada calle que traza, que cada flor que siembra, es obra del dinero. Lo que en otro suelo sería motivo de un simple esfuerzo individual, aquí se consigue a precio de dinero. Con dinero, exclusivamente con dinero han hecho una ciudad grande y una ciudad bella.

Ahí tenéis Palermo. Palermo es un jardín;

mejor, Palermo es un edén. Nunca mis ojos habían visto tal profusión de flores, nunca me había embriagado con los olores de la muchedumbre de rosas que aquí se cultiva. ¿Os figuráis una parte del bosque de Chapultepec convertido en bosque de rosas? Rosas que trepan por graciosas columnillas de Trianón que se enredan en la rustiquez simpática de las pérgolas, que se asoman al lago poblado de canoas, góndolas y hasta bergantines de la época del coloniaje.

El paisaje es artificial, pero es bello. El espíritu de un Lenotre criollo palpita en todos los rincones de este paraíso de las rosas.

Es que aquí, como en toda ciudad civilizada, se ama a los arbustos y a las flores. Lejos de destruir los árboles que sombrean las calles, se les protege y se busca ahincadamente su reproducción. La moda de los parques ingleses no ha entrado, por fortuna, en esta populosa ciudad, bien castigada, por lo demás, en el verano por el sol. Dentro del recinto mismo de la ciudad los parques abundan, amplios, espaciosos, frescos aun en las horas más ardientes de la estación. Parques en que se multiplican las estatuas, a veces buenas, a veces muy malas. Grupos que destacan su albura del espeso cortinaje verde. Bronces que reproducen la imagen de un héroe: Alvear, San Martín, Garibaldi.

¡Cosa curiosa! La mayor parte de estos héroes cabalgan. El caballo reproduce las más variadas y disímiles posturas. ¿Se deberá a que el caballo ha penetrado tanto en la idiosincra-

sia del argentino que se ha convertido en símbolo del heroísmo? ¿Es que el argentino no concibe otra postura digna del bronce que no sea la del caballero ejecutando los más difíciles ejercicios de equitación.

"Se suplica no escupir sobre la vereda". Así conmina un pequeño letrero colocado en todas las esquinas. Y la orden se obedece. Nadie se permite transgredir esa minúscula disposición municipal. Buenos Aires es una ciudad limpia, y a pesar de serlo, ¡designios inescrutables de la Providencia! la tuberculosis se desarrolla en una proporción alarmante. El municipio, que sabe cumplir con su deber, evita en lo posible el contagio y mantiene las calles limpias, las banquetas refulgentes. El asfalto se usa poco, las calles, aun las principales, son de madera; por lo tanto, frescas y limpias. Frecuentemente, además, aparecen cartelones con los dibujos de los animales que generalmente trasmiten el contagio de varias enfermedades. El pueblo se defiende de ellos, la población crece y es sana. ¿Podría México decir otro tanto?

Nosotros, que nos quejamos de la lentitud de nuestros tranvías, ¿qué diríamos de los plácidos, apacibles e impasibles de Buenos Aires? Caminan con una lentitud que asombra y arrulla. Además de eso, los motoristas son corteses y amables. Un auto puede detenerse sobre la vía, en mitad de la calle, discutir su conductor el precio con el pasajero, esperar a que éste encuentre en el fondo de sus bolsillos el precio de

la carrera, obtener el vuelto, descargar el auto de pasajeros y bultos. Quince minutos, sin que el motorista del primer tranvía, ni los de los ocho o diez subsiguientes den la menor prueba de impaciencia.

Cierto que hay otros medios de viajar: el auto que suele adquirir velocidades increíbles y el humilde simón. Ambos son los medios más rápidos y seguros de alcanzar la eternidad.

Personalmente, el que habla ha salido incólume, por fortuna, de un fiacre que inicia un increíble **cake walk**, lanzando sus ruedas para arriba.

¡Ciudad latina, habitada por gente de todos los lugares del mundo, has sido poderosa a reivindicar para América el señorío de la gracia y la belleza juntas! ¡has sabido, divina sabiduría! establecer el más noble equilibrio entre el oro y el arte! ¡has logrado repetir en el Nuevo Mundo el milagro de París en el viejo! Al abandonarte he visto la maravillosa diadema de reina que te corona fulgir en la noche, hermana de las estrellas.

Buenos Aires, diciembre 20 de 1920.

EL PUERTO DE SANTA MARIA DE LOS BUENOS AIRES.

Durante dos semanas, y Dios sabe por cuánto tiempo más todavía, han estado paralizados los servicios del puerto de Buenos Aires, por una huelga de trabajadores del mismo, que convierte los muelles en lugares desiertos y la aduana y sitios adyacentes en fortificaciones debidamente resguardadas por la policía. La sangre ha corrido en mínima parte para lo que se esperaba de la organización y resistencia de los huelguistas. El tráfico marítimo, intensísimo enantes, se torna, por obra y gracia del paro, en pacífico, patriarcal y casi primitivo. El puerto retrocede con ello cincuenta años, cuando "la gran aldea no se convertía aún en gran ciudad". Un vapor, el "Martha Wáshington", de la Munson Line, ha estado encallado cerca de dos meses a uno de los diques, por otra huelga que ha paralizado sus calderas: ¡burbujas del agua hirviente que se calienta en la gran caldera en que se ha convertido el mundo!

Las organizaciones obreras, fuertes y bien pertrechadas en Buenos Aires, hacen posibles huelgas así que paralizan un puerto tan im-

portante como el de la Argentina. El primero de mayo cesó el tráfico en la ciudad, suspendiéronse periódicos y diversiones públicas y la ciudad multánime e inmensa vivió una calma conventual y pueblerina preñada de muy serios temores para el porvenir.

El puerto de Buenos Aires tiene un interés capital para los que a él arriban: es promesa de vida próvida y feliz. La entrada a los diques antójansenos puertas que franquean un paraíso terrenal fértil en espejismos maravillosos, más que en realidades concretas. Nuestra Señora de los Buenos Aires, extiende su manto azul, manto de ilusión ante los ojos extáticos del peregrino: más allá, la pampa ubérrima; los rebaños de ovejas que se esfuman en la lejanía, desvaneciéndose como las espumas de un mar proceloso; las cabañas de toros de estirpe insigne y de caballos inscritos en un Gotha equino, cuidadosamente formado en cuadras londinenses... El trigo, en lluvia de oro, como las relucientes onzas y próceres doblones de un tiempo que pasó... La vida, en fin, amplia, sin ahogos, de perspectivas infinitas, con la pampa por suelo, el cielo por cobija y los Andes por barrera.

Cotidianamente, transatlánticos de inverosímil tonelaje aportan a estas tierras su contingente de carne humana, ojos bellos, acostumbrados a mirar el cielo de Italia, piernas robustas hechas a trepar por las escarpaduras del Pirineo o del Cantábrico, manos sabias en el cultivo de la vid, cultores de rebaños en la

Camarga, pálidos idealistas de la orilla del Rhin, místicos ácratas que sueñan en Moscú.

Esta muchedumbre que arriba, se pierde, más tarde, en los territorios inmensos y acotados del interior, se asimila al país, se convierte a la ciudadanía de un pueblo con legítimas aspiraciones de progreso inmediato y va formando, poco a poco, una raza nueva que tendrá su hora en el mundo para felicidad o desgracia suya en tanto que cumpla o deje de cumplir los fines que la historia le ha señalado.

Pero hay otra muchedumbre que queda en los muelles que hoy es y mañana no, que se renueva día a día, que se transforma, que se sustituye, que es hermana de las ondas que besan la playa, que pasa como las nubes, como las sombras... Es muchedumbre curiosa y original, viste de uniforme la aristocracia de ella y de tela embreada, hule o goma el proletariado. La forman hombres de tez curtida por todos los vientos, el glacial de las regiones hiperbóreas o el cálido y fecundo de los trópicos, de ojos profundos como el mar y valientes como los de las águilas, que perforan el ambiente y se clavan en la lejanía; fuman enormes pipas adornadas con los emblemas que en azul o almazarrón tatúan la piel de hombros, pecho y brazos; hablan todas las lenguas del Universo y ninguna, que su idioma es germanía; beben mucho de todo lo que en el mundo se ha inventado para embriagar.

Viven intensamente una hora en tierra de borrachera o de lujuria. Casi nunca se internan

por la ciudad, prefieren pasear por los aledaños de los muelles, de obscuridad propicia y cómplice de Venus, también por sentir la atracción del mar y vigilar la mole negra del barco que recorta su silueta sobre el cielo estrellado y sin nubes. Muchedumbre sin domicilio fijo, ni lugar de origen, ni arraigo. Su patria la del verso de Espronceda, su vida en las jarcias de los veleros o en el vientre negro de los grandes transportes; su amor, la inmensidad...

Entre copa y copa, o entre beso y beso, suelen entonar canciones a una tierra lejana con ritmo de todas partes y palabras de toda lengua.

Esta muchedumbre vive al margen de la ciudad. Improvisa su asiento sobre el movedizo escenario de los puentes y las cubiertas. La ciudad del mar idéntica en Buenos Aires que en Nueva York, en Hamburgo, como en Liverpool, surge así de las ondas, náyade olorosa a brea, erizada de mástiles, poblada de flámulas y gallardetes. Ensordece a la ciudad pacífica, a la ciudad ''ciudad'', con ruidos misteriosos de hierros que majan en frío ambiciones lejanas, cadenas que arrastran esclavitudes seculares, campanas que llaman a ritos extraños, sirenas roncas y aguardentosas que alejarían a Ulises de la isla homérica.

Y en la noche, en las maravillosas noches de las ciudades que viven junto al mar, luces misteriosas se prenden en los mástiles o cabrillean en las ondas. Faroles de papel señalan al transeunte las tabernas pobladas de humo

de gritos, de blasfemias y de chasquidos de bocas que se besan. Luciérnagas gigantes fosforecen en el mar, o sangran en el cielo como corazones heridos. Fogatas que se incendian en las toldillas para calentar el parco refrigerio cotidiano. Relámpagos que iluminan en la sombra la tragedia de los hombres que viven en el mar. Incendio de pasiones bajo la impasibilidad imbécil de la luna que culmina en el cenit.

En medio de las sombras, una voz rasga el infinito con una copla que principia en risas y termina en temblor de lágrimas que desgrana las estrellas en la paz augusta de la noche...

Buenos Aires, junio de 1921.

LA CAPITAL DE URUGUAY.

Fina el invierno. La primavera entrará, oficialmente, de un día para otro. La ciudad de Montevideo, rodeada por el cinturón de plata del río, si no triste, no está sin embargo alegre. La perspectiva del verano con sus calores férvidos, con las muchedumbres, vestidas de claro corriendo a la playa con las playas mismas convertidas en sitios de solaz, fascina a estas poblaciones latinas que no han olvidado de sus antepasados hispanos, en una herencia complicada y lejana el amor por la luz, el color y la vida.

El invierno implica retraimiento, abrigo, vida de hogar, veladas en el teatro luciendo pesadas telas y ricas joyas, que hagan resaltar la seda de cutis femeninos calientes en estas noches de frío externo y ansias febricitantes internas; el verano es el aire libre, la luz matinal, el baño salobre sobre la playa mostrando desnudeces tentadoras y riendo al sol que ríe en la nube y en la onda.

Al hablar del verano, los ojos de las mujeres brillan, enrojecen las mejillas, los pulmones res-

piran ávidamente como queriendo impregnarse de suaves emanaciones salinas.

El verano, no embargante, está aún lejano. La primavera le precederá con su corte de amor, enflorada y triunfal. Las tiendas de ropa de Sarandí, 18 de julio y Juan Carlos Gómez, muestran ya en sus escaparates las últimas creaciones de la moda parisién para la primavera. Marvilla de sedas claras, de tules diáfanos, de flores frescas, sueños orientales, Samarcanda Cachemira... La primavera es, pues, una gentil embajadora del verano, y el verano principiará en diciembre. ¡Terrible complicación para nosotros, los boreales, el pensar en una Noche Buena con abanicos, ventiladores, apurando sorbetes y naranjadas!

El día 8, la Purísima Concepción, vestirá de un azul, prestado de su manto, al cielo y al mar. Una procesión solemne partirá de la Catedral rumbo a la playa, el Arzobispo, de capa pluvial y ricos ornamentos bendecirá las aguas que mansamente, con mansedumbre franciscana, besan sus pies. Ya podrán penetrar en ellas los bañistas sin temor a maleficios ni daño para sus cuerpos o sus almas.

Montevideo se reducirá a la playa y la playa misma, será Montevideo, ya lo es aún en invierno. Pocitos, playa aristocrática, pretende heredar los timbres de San Sebastián o de Biarritz, Playa Ramírez reune en sus arenas a la clase media trabajadora y burguesa. Playa Capurro, magnífico observatorio de la ciudad que extiende, en lontananza el prestigio

de sus mansiones próceres y el tráfago de su vida mundana.

Bellas playas las tres en verdad, elegantes, distinguidas, sin la belleza insólita y estupenda de las arenas de Río Janeiro. ¡Oh, Costa Atlántica, Praia del Botafogo, Praia Flamengo entrevistas en noche serena y lunar, en magnífico alarde de soberbia y oriental hermosura! Pero bellas también, más a la hora sedante del crepúsculo, en la paz armoniosa de los bulevares amplios que las bordean, en la elegancia de los chalets, que las exornan en el beso del mar que prende en la arena el homenaje rendido de un vasallo a su señora.

La nota clara de los trajes se mezclará a la multicolora de parasoles, barracas y tiendas que se plantarán en la playa. Las mujeres pasearán el garbo de sus talles y la arena, voluble como mujer moldeará huellas femeninas amorosamente. La galantería de los tiempos del Rey Sol volará, con agilidad de mariposa a buscar seguro en oídos aterciopelados y duchos en la complicada retórica de un madrigal o de un soneto.

¿Será la alegría desbordante y fresca de las playas yanquis? ¿Será la gracia discreta que florece en los lises de Francia? Creemos que lo segundo, mezclada, en los hombres a una afición al piropo muy madrileño y muy castizo. A medida que nosotros, los mexicanos por mandato del Destino gravitamos más y más, cada vez dentro de la órbita de la influencia

yanqui, estos pueblos del sur salen de ellas poco a poco, con noble y gentil desembarazo.

Cierto que en este "biógrafo" se anuncia la fuerza de Tom Moore, incluída en los complicados episodios de una vista; cierto que en este otro Mary Pickford, muestra en el lienzo su sonrisa aniñada y gentil; cierto que en el de más allá William Farnum, es intérprete de un truculento drama de vigor y de audacia. Pero francesa en cambio es la silueta que vemos recorrer una y otra vez por la calle Sarandí. Ese vestido no puede proceder de otra parte que de Francia, incomparable maestra en el arte de vestir muñecas de carne. Ese sombrero tiene su marchamo de la Rue de la Paix, aquel abrigo es de Paquín. En jarrón orgulloso ostenta timbres de gloria, porcelana de Sevres, en un escaparate, ese tapiz, ese cojín, ese diván, esa alcoba, las chucherías que pueblan, ese almacén, cada una lleva en sí el sello inconfundible que marca las cosas de Francia o la elegancia, sobria y correctísima de la vieja Albión.

Las avenidas son bulevares. Han sabido asociar el nombre del héroe epónimo y máximo con la palabra francesa evocadora de tantas cosas bellas e interesantes. Y un bulevar lleva el nombre del jefe indomable de los bravos blandengues, del gaucho que supiera encarnar un día las aspiraciones del pueblo oriental. ¿Qué implica afrancesamiento, el trocar en nombre exótico lo que en castellano existe? Es una de las pruebas de nuestro aserto. La

República ve a Francia y de Francia recibe la savia que da vida a su pensamiento.

Hay un sitio: el Prado, que trae a la mente reminiscencias de viejo Trianón. El nos habla en estos instantes de la Primavera que renueva los varejones sarmentosos de los rosales, mitigando el ansia de verano que en todas las almas existe. El Prado es aristocrático también, un verde de terciopelo viejo, con leves toques de oro y grana sirve de fondo a la discreta gallardía de la rosaleda invitando al amor y al recuerdo. Arriba un cielo aterciopelado, de suaves tonalidades que nos recuerdan, por su discreción, por sus matices selectos, por su aristocracia prócer, al cielo que amparaba nuestras almas, por octubre, en la paz sonora del bosque de Chapultepec.

Montevideo, septiembre de 1920.

SUD-AMERICA Y LOS DEPORTES.

Pueblos amantes de los deportes son estos pueblos nuevos. La cultura física es el desideratum de todas las clases sociales, menos de aquellas europeizadas en demasía. Flores de invernadero que sólo de calor y de aliento externo viven.

El ejercicio corporal fatigoso y constante ha sido, de tiempo atrás, la ocupación preferida de los habitantes de estas regiones. "El culto del coraje—dice un escritor uruguayo—cualidad esencialmente gaucha, es, a la vez, la virtud y el vicio nacional por excelencia. Como toda cualidad nacional, tiene más relieve en el pueblo, pero todas las clases participan de él manifestándose en una u otra forma, en casi todas las circunstancias".

Antaño, este culto de que habla Alberto Zum Felde, producía los más hermosos tipos del gauchaje artístico y batallador. El gaucho que ha llegado hasta nosotros, hermano austral de nuestro charro, tan diestro como él en las faenas de la doma, del coleo, del lazo, jinete indispensable en las estancias, caudillo necesario en to-

das las revueltas sociales, en pugna con la metrópoli cosmopolita, relicario del sentimiento patrio, valuarte de la integridad nacional, tan pronto soldado como poeta, portador, en veces, sobre el arzón de los dos instrumentos necesarios de su vida, el lazo y la guitarra, la guitarra del payador que tañía en los vagares melancólicos por el pago, en hora crepuscular como buen romántico, bajo la rama generosa de ombú.

Pero llegó un día en que la ciudad triunfara sobre el campo, día aciago que marcó el fin de una vida errante, ocaso del gauchaje que miraba las estancias antes amplísimas, cuyas era dueño y señor, invadidas por los diabólicos inventos de la ciudad, el telégrafo, la locomotora. Rompiéronse las cuerdas de la guitarra y podríase el lazo en el arzón de un jamelgo inútil.

"Cultivóse el coraje" de otra suerte, merced, entonces, al cosmopolitismo que invadía la ciudad y el campo, nuevas formas de ejercicio, una admiración profunda por los deportes yanquis. Nuevas fórmulas substituyen a las antiguas, palabras bárbaras irrumpen en el léxico, ya impuro de nuestros pueblos. La doma, el volteo, la carrera, el bóleo, quédanse para los ámbitos recónditos de la pampa. Foot ball, base ball, ¿no son horrendas palabras para nuestros oídos latinos?

Con ello, la raza gaucha, en su ocaso ya, pierde más y más cualidades distintivas y legendarias con que ha llegado hasta nosotros. Va-

lor, bizarría, aptitud monumental, se viste ahora de muñeco y la emprende a puntapiés o a trompicones con la pelota, corre jadeante y sudoroso en un estrecho terreno bien apisonado, se desfigura la cara morena con máscaras de acero que encubren uno de los timbres más gallardos de la raza: los ojos, encendidos, brillantes en las mujeres y hornaza de pasión y concupiscencia en los hombres.

Las muchedumbres citadinas se entusiasman en extremo por estos torneos de agilidad de fuerza.

Yo he visto una plaza enorme, la principal de Montevideo, plena de una multitud ansiosa, miles de ojos en los pizarrones de un diario, siguiendo con extraordinaria ansiedad, ansiedad que ponía en tensión los nervios, los mil incidentes de un partido que se jugaba en esos momentos en Santiago de Chile. La multitud aplaudía, gritaba, ululaba más bien, cuando una noticia favorable aparecía en el encerado, previamente anunciada por la sirena de un diario, sirena cuyo clangor se escucha en toda la ciudad.

Jugábase el campeonato internacional sudamericano entre chilenos y orientales y el triunfo pronuncióse por estos últimos.

¡Qué entusiasmo, qué oleadas de gente en la plaza!

Los concurrentes a la función de tarde de la compañía Guerrero Díaz de Mendoza hubimos de salir por una puerta lateral y de escape del teatro, por ser imposible atravesar la

calle, poblada de multitud compacta que invadía el pórtico frente a la plaza.

Ocho días después llegaban los triunfadores. Llovía persistentemente y, sin embargo, bajo mi balcón desfiló una muchedumbre entusiasta, cantando, vitoreando a los vencedores, flameando al viento la bandera azul y blanca con el sol de oro de la patria, banderas enormes llevadas en vilo por cincuenta individuos, inscripciones alusivas en cartelones. Entusiasmo loco.

Era para los uruguayos, más que el triunfo de los jugadores, el triunfo de la Patria sobre los vecinos.

—Estos juegos nos llevarán algún día a un conflicto internacional— decíame, por la tarde, un ilustre doctor de la Universidad—aumentan suspicacias, fomentan odios tradicionales, disputas de conventillo, dividen poblaciones hermanas. Un juego inocente podrá llevarnos, quizás, a otro más peligroso y terrible.

Nosotros vemos en la alegría de estos pueblos, alegría dionisiaca, sin sutilezas metafísicas, ni complicaciones espirituales. El juego conduce al arte. Quizás un día, el instrumento inocente del juego se convierta en pábulo de discordia. ¡El Cristo de los Andes, extendiendo sus manos hieráticas sobre ellos no lo permita!

Montevideo, octubre de 1920.

PERNAMBUCO.

Doce días de viaje. Mar y cielo. Mar de complicadas tonalidades, cielo de matices soberbios en el trópico: oro, ocre, fuego, lila. La costa brasilera se dibuja tenuemente en el horizonte. A prima noche unas cuantas luces que cintilan a lo lejos, como estrellas de una constelación imponderable. Más tarde la ciudad, una ciudad fantástica...

El Oriente la ha regalado con joyas magníficas.

Los pasajeros contemplan, pegados a la borda, el milagro. Noches obscuras, horizonte que se pierde en el infinito... Ni una vela, ni una columna delatora de barco en la lejanía. El viento trae emanaciones suaves y tibias. En el silencio de la noche podría escucharse tal vez la música que suena en los cafés que bordean las calles de la ciudad lejana... Ritmo de palmeras.

Tan cerca y tan lejos, al mismo tiempo de la tierra que se hunde amorosamente.

Suenan nombres ya conocidos. Es nuestra lengua o un idioma parecido.

El mar fosforece. El collar de diamante que

exorna la tierra lejana se esfuma hasta convertir sus luces en un solo punto luminoso que parpadea como lámpara de aceite falta de combustible.

Pronto, la línea negra de la costa se pierde en el terciopelo obscuro de la noche y en el moaré profundo del mar.

He vuelto a pasar por Pernambuco meses después. Sólo que la ciudad se me ofrece de día. La última ciudad del hemisferio austral. Después el caribe con sus leyendas de piratas, el golfo multánime y fosforescente.

El milagro de los trópicos se cumple en esta ciudad brasilera que contemplamos a lo lejos, casas blancas, tejados rojos, bosquecillos de palmeras. Tres o cuatro vapores bostezan en la rada un humo tenue y cansino, balandros y lanchones se mecen a la vera de los muelles.

El triángulo de las pequeñas lonas blancas decora aún más la riqueza del pequeño golfo, dotado de magníficos verdes, y luego la espuma que brota...

Podemos ver los rótulos de las tiendas, el torreón blanco de la iglesia, las puertas brunas de los galpones de la aduana.

Más allá, sobre el verdegay de una colina flamea orgulloso el penacho de las palmeras.

Un negro en camiseta roja, que va sentado sobre un cajón de plátanos saluda con el sombrero de palma, al par que muestra dos ringleras de dientes muy blancos...

RIO DE JANEIRO.

¡Maravillosa bahía!, ¡estupenda bahía! A las dos de la mañana y por la claraboya del camarote hemos visto la bahía iluminada. Boyas de diferentes colores puntean de luz las aguas tranquilas. Una que otra ventana iluminada. ¡Es tan poco y tanto al mismo tiempo lo que se puede descubrir por una claraboya...! Ya no nos aturde el ruido de la hélice que nos ha molestado en toda la travesía. Dormimos bien, a la vista de la ciudad. Mañana presenciaremos el magnífico espectáculo.

La ciudad se acuesta lánguidamente a la falda de los "morros". Pequeños islotes surgen de las aguas en diferentes partes. Las casas están pintadas de colores claros. La vegetación es exuberante. Por allá el corcovado, aquí **el pan de azúcar,** en medio de la bahía y dominando la ciudad.

Barcos de todas clases atracan a los muelles, pequeñas embarcaciones van y vienen en todas direcciones. Majestuosamente nos acercamos al

muelle. La ciudad nos ha regalado con un hermoso panorama.

Pronto recorremos las calles. Al centro son estrechas, muy estrechas. En ellas deambula la gente, con calma, sin precipitaciones, deteniéndose una y otra vez ante los escaparates de las joyerías resplandecientes por las luces que despiden las gemas. Brillantes del Brasil, esmeraldas color del follaje que tapiza los ''morros'', rubíes sangrientos, joyas sorprendentes por su dibujo complicado, por el tamaño de sus piedras, por el labrado de su oro. Joyas que hemos admirado más en las espaldas morenas de las mujeres, en las orejas sonrosadas, en los pechos abultados y duros, en una representación del coqueto teatro Municipal.

Si las ciudades tienen su símbolo, Río Janeiro se expresara por una joya fantástica de brillo imponderable, robado a la luminosidad de los ojos de sus mujeres y de engarce sinuoso como los movimientos de la onda cuando choca contra la balaustrada de Beira Mar.

Ninguna ciudad en el mundo presentará el espectáculo maravilloso de Río, en la noche contemplada desde la cima de Pan de Azúcar o del corcovado. La ciudad diamante de mil facetas. Las calles, las ventanas escalonadas en los ''morros'', los fanales de los autos, los reflejos de lo barcos, la luna que se quiebra en los canales, iluminando las siluetas de las palmeras en la Rua Paysandú, los faros a lo le-

jos... Y los ruidos, esos ruidos que constituyen el ritmo de las ciudades.

Ruidos típicos, majar de yunque en Nueva York, languidez de tango en Buenos Aires, suspirar de mar y de viento en Montevideo, los ruidos en Río son alegres, jocundos... Matchicha...

En una casa de "chá", hemos encontrado un ponche mexicano. Maravillosa inversión de las estaciones y de los climas. Los ponches en este hemisferio son helados con fresas. Los sorbetes serán probablemente tazas de té cargadas de room.

De los balcones de la casa de té se mira desarrollarse febrilmente la vida de la ciudad "carioca", vida activa y cortés al mismo tiempo. Millones de "reis" danzan fantástica zarabanda en la vida fluminense. Mil, dos mil, cincuenta mil, se escapan de las manos en los mostradores de las tiendas. ¡Oh vida feliz, todos nos sentimos millonarios!

El brasilero es cortés, quizá tan cortés como el mexicano. Su rancio abolengo le hace ser siempre y en todas partes hombre de mundo. La benemérita figura del Emperador don Pedro de Braganza, preside la vida social e intelectual de este pueblo admirable. Gentileza

de corte, seriedad de estudio en gabinetes y laboratorios, elocuencia y saber de Rodrigo Octavio, y de Sa Viana en las cortes internacionales.

Gracias a la falange de sus sabios, de sus escritores, y de sus artistas, la metrópoli del mundo lusitano ha venido a parar en este hemisferio: Coimbra en la Universidad de Río Janeiro.

Al abandonar la playa comienzan a cintilar las primeras estrellas en el firmamento.

LOS HOMBRES

LEOPOLDO LUGONES, EL ULTIMO RENACENTISTA AMERICANO.

Comunicativo, enérgico, simpático, abierto a la conversación, curioso de todas las cosas, los países y los hombres, enciclopédico como aquellos humanistas del Renacimiento. Como Leonardo gusta de ser reputado maestro en todas las artes, desdeñando aquella actividad en que lo es indiscutible. Leopoldo Lugones nos brinda una charla jugosa, ágil y magistral en su despacho del Consejo Nacional de Educación de Buenos Aires.

Es alto, robusto, lleno de músculo, cabellos negros en los que apenas se descubren levísimos hilos de plata, rostro moreno, mostacho poblado de luengas guías, hermoso tipo americano debe haber sido en su mocedad. Ahora parece ser un maestro primario. De vez en vez, levanta ambos brazos con las manos extendidas como hacen los devotos de Alah cuando

el muezin clama desde el alminar las sagradas oraciones de la tarde. Lugones sólo se acomoda los puños. Otras golpea nerviosamente con el pie, impaciente tal vez, de la incomprensión de los que le escuchan. Habla seguido, saltando de un tema a otro con agilidad acróbatica, sin que por un momento abandone sus labios la sonrisa del triunfador. Lugones siempre vence en todas las discusiones en que se enreda. Posee una dialéctica de puma de las selvas sudamericanas, flexible como él, certera, aguda y triunfal.

Y comienza la charla con este hombre superior, poeta siempre aunque se dedique ahincadamente al cultivo de las matemáticas. ¿No nuestro Díaz Mirón es maestro de aritmética antes que la literatura?

—"¿Mi vida? Mi vida no tiene interés. No ha habido jamás en ella aventuras que puedan sorprender y regocijar a la gente. No es periodística. Han pasado los tiempos de la bohemia. Yo, por lo demás, nunca he sido bohemio. Aquí dicen que soy un burgués. Esta palabra que espantaría a otro a mí me regocija. Por lo demás, ¿quién puede decir que no lo es en estos tiempos? El socialista no es sino un burgués empobrecido que aspira a enriquecerse con el dinero de los demás. Por más que hay socialistas con un capital que ya quisieran para sí muchos burgueses. Soy solamente un hombre honrado que vive de su trabajo, que piensa en los problemas que la naturaleza o la sociedad han planteado al hombre y nada más. Estudio y

trabajo para vivir. Soy de carácter independiente, jamás he querido pertenecer al rebaño gregario de los abyectos. No he vestido jamás la librea de lacayo. Por eso tengo enemigos y no tengo discípulos. Habrá usted oído a los primeros hablar mal de mí. Me odían porque nunca he estado con ellos, porque he mantenido siempre mi criterio acerca de los hombres, los hechos y las cosas, porque no he estado nunca con la verdad oficial y eso aquí es casi un crimen.

¿Amigos? Sí, amigos sí tengo, me hacen el favor de venir a visitarme con frecuencia. Son personas que se ocupan de muy diferentes cosas. Recibo de todo: ingenieros, matemáticos, profesores de química, agricultores. Como me intereso por todas estas cosas... Claro es que alguna vez caen por aquí poetas y escritores, no por ello vaya usted a pensar que formo mi círculo, que tengo mi cenáculo, que pontifico como maestro en literatura y en arte, no, soy el primero en aconsejar la sinceridad como fórmula fundamental de estética. Soy libre y no debo hacer esclavos. Que cada uno diga su mensaje al mundo fuera de toda limitación escolar. De los veinte años a los treinta se mantiene uno en estado de intransigencia completa, de los treinta en adelante o se da rienda suelta al libre albedrío o se fracasa. Yo paso de la treintena y he optado por lo primero. Que cada uno, sea pues, responsable de sus fracasos o pleno usufructuario de sus éxitos. Así, yo no tengo discípulos ni presido grupos. Estoy en pleno goce de mi libertad. ¡La libertad!

lo que yo más amo en el mundo. Es postulado de toda actividad creadora. Para mí es bueno todo aquello que favorece el desorrallo normal de la vida, malo todo aquello que lo contraría o suprime. Por eso los griegos supieron encontrar el ideal más alto y más noble en la vida. Hubo para ello un arte de vivir, la vida fué una obra de arte, algo más, la primera de todas las artes. Por eso no soy cristiano, ni socialista, ni bolchevique. El bolchevismo me parece un disparate máximo. Como ensayo de gobierno puede pasar; pero como amenaza inminente de la civilización no. ¿Qué quedará del caudal de sabiduría del mundo después del gobierno de los soviets? Todos los jóvenes artistas aquí, se han declarado bolcheviques sin saber lo que es el bolchevismo. Esa es la moda. La hoz y el martillo culminan por todas partes. Y pretenden hacer bolchevismo en la Argentina. ¿Qué podría ser de nosotros si un buen día, el proletariado ignorante y cosmopolita de Buenos Aires, se apoderase del Gobierno? Hay un barrio en el que la propaganda política debe iniciarse con cartelones redactados en serbio, porque los que lo habitan no entienden otro idioma, y otro barrio que sólo habla el hebreo, y la muchedumbre de italianos y de rusos que nos viene de Europa harían de esto una torre de Babel. Buenos Aires puede ser considerado el basurero del mundo. Aquí para todo, bueno, malo y peor, también y, sin embargo, todo se lo debemos a esos extranjeros. Ellos lo han hecho todo. La industria, el comercio, la

agricultura están en sus manos. Llega un vasco o un italiano, se interna en la pampa y con su carácter, su trabajo, su inteligencia, se adueña de todo, lo compra todo y se convierte en el amo. Más tarde será un argentino porque se asimila con grande facilidad a la masa del pueblo, se forma una individualidad indiscutible, se hace ciudadano nuestro y coadyuva a la prosperidad del país.

¿Qué con ello desaperece el tipo americano? ¡Pero si no existe! Alberdi lo ha dicho: "El americano no es sino el europeo residente en América". Los indios no se cuentan para nada, son inferiores en todo. Claro está que hay que defenderlos, porque al fin y al cabo son hombres como nosotros. Yo lo hago constantemente sin llevar una sola gota de sangre india en las venas. Dos hermanos Lugones fundaron hace cuatro siglos una de nuestras ciudades viejas, Santiago del Estero, y desde entonces no ha habido, por parte de mi padre mezcla de sangre indígena ninguna, otro tanto podría decir de mi ascendencia materna, antigua en docientos años por estas tierras. El gaucho, por lo demás, es absorvido por la corriente cosmopolita que lo invade todo. Y por fortuna sucede eso. El gaucho es bueno como tipo pintoresco en la leyenda y en la tradición, como persona humana no puede ser peor, bandido, receloso, ignorante y tonto. Bueno para el caudillaje. Esto lo deben ustedes saber perfectamente. Celebro por lo demás, que su gobierno reduzca a esta gente con los únicos medios con que puede

reducírseles: el hierro y el oro. Más el segundo que el primero. Ellos desean enriquecerse a toda costa, pues a comprarlos. Recientemente lo han hecho ustedes con Pancho Villa, por más que hubiera yo deseado para él lo otro: el paredón. No, no, si todo es igual en nuestra América: los mismos tipos, las mismas cosas. Cíteme usted un hecho histórico de su país que yo le citaré diecinueve iguales de las otras diecinueve repúblicas americanas. La división en patrias es algo arbitrario. Antes no existían y el mundo vivía quizás mejor. La patria ha surgido con el malhadado militarismo que todo lo infesta. Cuando el militarismo acabe en el mundo, y sobre todo en América, seremos más felices.

¿De dónde parten las iniciativas progresistas en la Argentina? De provincia. De ahí vienen los movimientos que renuevan el pensar y el sentir de la nación como en Inglaterra. Y es porque la gente de provincia lee más cuidadosamente que la ciudadana, los libros que marcan etapa en el mundo. ¿Qué va a hacer la pobre gente en las noches interminables de un pueblo enclavado en la sierra? Como lee más despacio asimila mejor, rumia y piensa, luego obra. Así habrá sucedido también con ustedes ¿no es verdad? Las revoluciones surgen siempre en el interior. Nunca habrá en provincia los intereses que se han creado en Buenos Aires..."

Habla Lugones de la provincia con calor. Siente la vida de campaña y la vive sincera-

mente. Sol, luz, tranquilidad, meditación, fuerzas para la lucha en la ciudad multánime. Ha nacido en Rosario, una de las ciudades más cultas y progresistas de la Argentina. Frecuentemente sale a campaña, vuelve a Buenos Aires fortalecido por los aires puros, por el sol que calienta la pampa, por el cielo que cobija los anhelos y las esperanzas de estos hombres.

—''He viajado poco, soy pobre y no puedo permitirme el lujo de hacer viajes frecuentes a Europa. He estado en ella varias veces estudiando y trabajando. Fundé en París una Revista de asuntos americanos, fuí correspnosal de la ''Nación'' en Fancia e Inglaterra. Con este motivo me relacioné con políticos y literatos distinguidos. Aprendí mucho de ellos. En estos dos países me siento muy a gusto. Mi cultura es, fundamentalmente, francesa primero e inglesa después. Casi nada española. No siento a los españoles. España vive en la adoración de un hombre y un libro; Cervantes y el Quijote. Después de ellos no ha existido nada. Aconsejan, pues, la imitación de ese libro para los escritores y la del héroe para los hombres. Uno y otro son ya valores inactuales. Mirando España al pasado, le ha ocurrido lo que a la mujer de Loth. Francia no, ayer no más tuvo a un Víctor Hugo y antes a cuantos no ha tenido!

¿Mi obra? Ahí está, en mis libros. Es todo lo que puedo decirle a usted de ella. Me ocupo de cosas tan diferentes. Claro que la actividad más bella e interesante de mi vida es la lite-

ratura. No por eso, sin embargo, la estimo más que las otras. El público y no yo es el que debe opinar sobre ella''.

Y al despedirnos, agradeciendo el ıato incomparable de charla que ha tenido para con nosotros.

—''Hemos hablado como viejos amigos. Generalmente sucede eso entre americanos. Con un inglés, con un yanqui, no hay la misma comunidad de ideas que entre nosotros. Mire, algo se podría intentar por ejemplo, para establecer un intercambio más sólido y más efectivo entre las relaciones de nuestros pueblos. Ahora habrá sabido usted, lo de la Liga de las Naciones. Pues bien, todos los delegados sudamericanos han estado conformes en una cosa, a saber: en el establecimiento del arbitraje obligatorio para decidir todas las controversias que se susciten entre los pueblos del continente. ¿Por qué si están de acuerdo en ello no proceden inmediatamente a realizarlo? Los Estados Unidos se verían obligados a entrar en ese acuerdo interamericano, inmediatamente, después por la fuerza de las circunstancias. ¿A quién estará reservado el ver la realización de tan hermoso sueño?

Nos tiende la mano con noble gesto de camaradería. Creemos tener entre las nuestras la de uno de aquellos artífices del Renacimiento. Por su curiosidad universal, por la noble admiración humana, por su espíritu sensible a todas las palpitaciones del Mundo, por su acendrado amor a la Grecia Mater. ¿No será Lu-

gones el último renacentista de América? Le dan derecho a ello su libro **Industrias de Atenas** y la bella traducción del Canto IV de la Odisea.

Buenos Aires, diciembre 15 de 1920.

DON ANTONIO CASO.

A su paso por Buenos Aires (1).

El año de 1910, será considerado en la historia de México, como uno de los que puedan marcar época en la evolución del pueblo mexicano. Culminó en él una política de exterioridad, de boato, de apariencia vana más digna de un imperio secular que de una incipiente democracia. Las fiestas del centenario de la independencia fueron el exponente de este estado de supercivilización aparente. Nunca corte imperial derrochó más dinero en saraos que la plata, que a manos llenas, prodigara un presidente vitalicio. Algunos diplomáticos conservan recuerdo imborrable de aquel soberbio baile en el patio central de Palacio convertido en regio salón europeo. El castillo de Chapultepec y el bosque todo, irradiaba de luz, que tan gallardamente se prodigaba en las ramas de los ahuehuetes seculares. Marqueses y condes, restos de la rancia nobleza virreinal es-

---

(1) Publicado en **La Nación** de Buenos Aires y traducido al portugués en **O jornal do Rio.**

pañola sacaron a relucir, amén de sus pergaminos las joyas heredadas de los abuelos y adquiridas con el oro que producían las inagotables vetas de los reales de Guanajuato y de Pachuca. El pueblo, en tanto, sufría...

Ese año estalló también el primer movimiento revolucionario. Nobles, idealismos, incoercibles anhelos de mejoramiento económico y social, tendencias hacia una democracia sincera. Tal fué el espíritu que guió a un hombre, lo suficientemente bueno para ser apóstol y demasiado ingenuo para ser gobernante. A partir de entonces, los movimientos revolucionarios se han sucedido con grande regocijo de las agencias cablegráficas norteamericanas. Esos movimientos han tenido raigambre más honda que la señalada en editoriales y gacetillas de periódicos extranjeros, y naturaleza bien diferente a la que le asignan los boletines cablegráficos que inundan el mundo.

Han sido producidos por una inquietud honda y secularmente dolorosa. La inquietud ha existido también en los espíritus y los espíritus atormentados han producido obra esencialmente bella, o cuando menos humana. El mundo sólo sabe de aquello; la guerra intestina con toda su cohorte de desastres y de horrores, el mundo no sabe de esto: trabajo paciente de laboratorio por sabios beneméritos, de libros que marcan etapa en la historia del pensamiento hispanoamericano: **Pitágoras, Monismo estético**, de José Vásconcelos, de poetas de inspiración máxima y hondura filosófica desconoci-

da hasta hoy por los poetas de nuestra América: Nervo y alguien tal vez más profundo que Nervo, González Martínez, de ensayistas que llegan a la perfección en el desarrollo de sus ideas a veces muy sutiles, a veces muy amables y muy sabias, de estudios de crítica literaria de una probidad extrema y el trabajo único de una juventud nerviosa, disciplinada, selecta, que ocupa ahora puestos importantes en el gobierno de su país.

El Gobierno de la República, vencedor del imperio efímero de Maximiliano, fundó una institución importante en la historia de la cultura mexicana: la Escuela Preparatoria, plantel amplio, enciclopédico, armónico en su programa. El alma de esa escuela fué un ferviente admirador y devoto discípulo de Augusto Comte, hombre, por lo demás, de clara inteligencia y de sólida cultura filosófica, don Gabino Barreda. El positivismo sustituyó al catolicismo como religión oficial. De ahí en adelante, todo se pesó, se midió, se contó. Los métodos más rigurosos de investigación científica se implantaron en sus laboratorios. Cerrándose las ventanas que mostraban antiguamente al espíritu las perspectivas ilimitadas de claridad, de azul nítido de cielo y de polem dorado de sol. Los telescopios perforaron, en cambio los tejados... Se acabó la poesía vaga de las cosas incomprensibles y eternas. Racha de materialismo, de egoísmo, de intelectualismo **terre a terre,** "tronchó las bellas flores de la creencia" como lo pregonaba uno de los maestros más

insignes de la Escuela. Fueron desterrados de las aulas el Latín y el Griego, el Derecho Romano claudicó en la Facultad de Jurisprudencia, la Filosofía reducida a la Lógica, a la Psicología experimental y a la Moral Spenceriana vegetaba en las cátedras mutilada de las nobles alas que le habían servido para volar tan alto. La enseñanza integral y humana perdió su equilibrio. Rota la tradición humanística de la Universidad Pontificia—plantel fundado en el año de 1553, seminario de sabios en todo el Virreinato—que arrancaba del riñón mismo de la historia universitaria española: Salamanca, Alcalá, Valladolid se dedicaron profesores y alumnos a cultivar la ciencia en exclusivo, desdeñando las otras disciplinas que dan al espíritu fuerza para triunfar. Privó el axioma indiscutible sobre la interrogación audaz a las cosas ignoradas del cielo y de la tierra. La escuela Preparatoriana preparó hombres prácticos, hábiles planeadores de negocios, financieros astutos, matemáticos insignes. Por ella pasaron todos los hombres que más se han distinguido por su talento, su ciencia, su cultura en los últimos cuarenta años. No produjo idealistas. De ahí salieron, particularmente, todos los que agrupados en torno del General Díaz como consejeros, como funcionarios o como amigos, cruzaron el país de vías férreas, levantaron primorosos edificios, introdujeron soberbias mejoras materiales sin preocuparse del mejoramiento intelectual y social de las muchedumbres que "habían hambre y

sed de justicia''. Quisieron gobernar con postulados científicos un pueblo formado por los elementos étnicos más disímiles y heterogéneos. La catrástrofe sobrevino...

En cerebros juveniles germinaba la idea. Espíritus ambiciosos de luz mal se avenían a la cárcel de oro en que los encerraban sus maestros. Más allá del axioma y de la comprobación meramente experimental entreveían horizontes amplísimos y vírgenes para las inteligencias que solían rastrear la tierra, perspectivas inmensas vedadas a la carrera libérrima de los espíritus. Inquietud vaga, deseo poderoso de romper ligaduras, doctrinas que aportan los libros nuevos venidos de Europa, fueron el preludio de una renovación de métodos y de doctrinas que había de tener por teatro la misma Escuela Preparatoria.

El instante era propicio. Una juventud nerviosa, ágil e inteligente, un grupo homogéneo, tal vez único en la historia literaria de México abandonaba en esos instantes las aulas y fundaba la Sociedad de Conferencias primero, el Ateneo de la Juventud después. No eran sólo poetas y escritores como los que se agruparon antaño en torno de la ''Revista Azul'', de Gutiérrez Nájera, o la ''Revista Moderna'', de Valenzuela y Nervo, ilustrada por el genio atormentado de ese gran dibujante que se llamó Julio Ruelas. En el grupo del Ateneo había de todo, hasta de esos literatos que nunca han escrito que señala Remy de Gourmont.

Abundaban, sin embargo, los pensadores: Antonio Caso, el Maestro de la juventud actual como antaño lo fuera Don Ignacio Altamirano y Don Justo Sierra; José Vasconcelos, una de las inteligencias más poderosas y originales que haya producido la América Española; Alfonso Reyes, maestro en la doctrina y en la forma de expresarla, ahora cosechando triunfos muy merecidos en Madrid; Pedro y Max Henríquez Ureña, el primero, erudito y serio profesor de literatura que ha sido de la Universidad de México, influyó mucho en las ideas y en la cultura de los que llegaron a ser sus discípulos; el segundo, colaborador en la obra de difusión de ideas en periódicos y revistas; Alfonso Cravioto, crítico de arte, inteligente y sagaz; Alberto Pani y Alfonso Pruneda, ingeniero el uno, médico el otro que aportaban al Ateneo un caudal de ciencia pacientemente adquirido y aumentado por estudios y observaciones propias; Carlos González Peña, el novelista de la generación, Jesús Acevedo, conversador admirable; Luis Castillo Ledón, Julio Torri, Mariano Silva, Martín Luis Guzmán, contribuyeron todos a la obra común que fué de seriedad, de estudio, de audacia. A ellos se incorporaron los que, si bien de la generación precedente, habían conservado en sus almas la perpetua juventud que abre siempre perspectivas indefinidas en el horizonte, Jesús Urueta, extraordinario tribuno que electrizaba a las muchedumbres con su verbo cálido y sorprendente, Luis Urbina, poeta de sua-

vidad de seda, de romanticismo grato. Había poetas en ese núcleo de hombres de pensamiento y de acción: el primero, Enrique González Martínez, "el poeta de la hora presente" que pertenece al grupo de los máximos; Gutiérrez Nájera, Othón, Díaz Mirón, Nervo, Urbina, le seguían cada uno con carácter propio todos los que han traído a la literatura mexicana un mensaje nuevo, un matiz, una palabra, una idea: Rafael López, Ramón López Velarde, Roberto Argüelles Bringas, Eduardo Colín, Núñez y Domínguez, Manuel de la Parra, Xavier Sorondo, sin contar a los consagrados Tablada, Rebolledo y tantos más...

Pronto el que tuvo todo el entusiasmo de la juventud, todo su amor más bien, fué Don Antonio Caso. Don Antonio Caso es un hombre físicamente fuerte, robusto como su pensamiento. Se le distingue fácilmente por el mentón pronunciado y voluntarioso y por su melena generalmente desmelenada y que flota en la cátedra como glorioso penacho. Es de una cortesía gentil y extremada, de esa cortesía que es patrimonio muy querido de los mexicanos y que ya notaba Vicente Espinel en el siglo de Oro. Sus costumbres son sencillas y modestas, su tiempo está consagrado al estudio, a la cátedra, a los discípulos y a la familia. Su vida es de una austeridad ejemplar y de una rectitud inflexible. Pospone toda conveniencia personal a sus deberes de amigo y varias veces se le ha visto renunciar a posiciones envidiables

por no postergar a un amigo o por guardar con el amigo una consideración que va más allá de los límites que el deber ha señalado a las relaciones amistosas. Es maestro indiscutible en todo, por su pensamiento vigoroso, por la cálida elocuencia que brinda en sus cátedras y en sus conferencias, por la profundidad no exenta de gracia de suave ironía, de alegre mariposeo que da a sus lecciones, por el amor que profesa a sus discípulos. Su obra en el magisterio ha sido un apostolado. Combatió, apenas salio de las aulas, al positivismo, ayudado eficazmente por José Vasconcelos, la campaña ha sido fructífera y el campo de la filosofía en México se ha sembrado de nuevas floıes. Propugna la independencia de la Universidad Nacional y su autonomía está pronta a concederse. En su vida existe una devoción y un amor que día a día, acendra más el estudio y el recuerdo. Esta devoción y este amor se vinculan en la figura venerable de un maestro, Don Justo Sierra, de enorme trascendencia en la hi toria del pensamiento mexicano, para bien y para mal. Caso ama a don Justo, porque era bueno como él y generoso como él. Ambos han sido pensadores y artistas. Dicta Caso en la Facultad de Altos Estudios que dirige las cátedras de Filosofía y Estética, y en la de Jurisprudencia de la Sociología. Es claro en la exposición, convincente en el razonamiento, colorido en la imagen, galano en el ademán. Es el conferencista más noble con que cuenta México en la actualidad. Después de Urueta es

el orador más notable que hemos tenido. Sabe, además, escuchar y transmitir todas las insinuaciones del mundo, murmullos, sonidos, ideas. Curioso meditador de todo los problemas que agitan la conciencia universal, piensa, trabaja e instruye.

Ha reunido su obra en varios volúmenes que lee y estudia la juventud mexicana con noble ahinco. Es el más serio expositor de sistemas que la Universidad Mexicana ha tenido. Bergson y Boutroux, le felicitan por sus trabajos y autorizan sus exégesis. Ha publicado, a partir de la **Filosofía de la Intuición,** exposición sintética del punto de vista bergsoniano sólidos volúmenes en los que campean, amén de la fuerza y vigor de razonamiento una amable y atractiva amenidad, que los hace leer con gusto. **Problemas Filosóficos, Filósofos y doctrinas morales,** jugosos ensayos sobre hombres e ideas de Europa y de América, dignamente incorporada a la historia del pensamiento, en este libro, por las figuras de Eugenio María de Hostos y Justo Sierra, **La existencia como economía, como desinterés y como caridad** original interpretación del cristianismo, **Doctrinas e ideas,** comentarios a los problemas de la hora presente, **Dramma per música,** bellas monografías sobre Verdi, Wagner, Beethoven, Debussy, y prepara: **El concepto de la Historia Universal** que, a juzgar por los capítulos que conocemos, será un bello timbre de gloria para el pensamiento hispano americano.

Los que hemos estado con él hasta las altas

horas de la noche leyendo y comentando libros; frecuentemente a Platón, frecuentemente también a los modernos con noble desinterés, sabemos lo que vale ese espíritu, lo que es aún fuera de todas sus obras y de sus labores profesionales, cerebro ampliamente dotado por Minerva y corazón sellado por el fuego cristiano. Por encima de todo lo que ha escrito su sola personalidad austera, noble y comunicativa, es en sí una obra vigorosa y bella. Como mentor insospechable sus discípulos ya siguen sus huellas, y cuando, educados en la honradez más absoluta y en la disciplina más estrecha lleguen a gobernar el país será posible el ideal gloriosamente propugnado por Rodó, de una democracia de selección de una república ateniense en una tierra hasta hace poco convulsa y calumniada, ¡cosa terrible! hasta por sus hermanas en tradición, idioma y sangre.

Montevideo, 13 de enero de 1920.

DON JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN.

Heme aquí en la República Oriental del Uruguay, con dos muy altas representaciones, una diplomática la otra literaria y artística, y con un grande y poderoso deseo; el de desempeñarlas con entusiasmo y eficiencia. Por ventura para mí, la labor que inicio comienza bajo excelentes auspicios. A la memoria de Nervo se le consagra un culto reverente y eficaz. En poco tiempo el hombre arraigó simpatías hondas y sinceras. Su nombre lo asocian a otro excelso, al de José Enrique Rodó, asociación que no es extraña por cierto, a todo corazón mexicano que se ha abrevado, desde las aulas preparatorianas en las claras linfas doctrinales del autor de Ariel.

Mi primer cuidado ha sido el de saludar al Dr. don Juan Zorrilla de San Martín, nombre caro también a los hombres de letras y al pueblo mexicano.

Voy esta tarde, anunciadora ya de la primavera, camino a una playa apartada de la ciudad, sitio de solaz en las horas ardientes del verano, recorro, con verdadero recogimiento espiritual, las calles pobladas de una muche-

dumbre elegante: feria de pieles, concurso de caras bonitas, trajes parisienses llevados con garbo y donaire, por cuerpos adorables, desfile de siluetas que arrastran tras sí la mirada del viajero, sorprendido de encontrar a su paso tanta gracia, tanto donaire, tanto chic. Pero no es el momento de hilvanar una crónica de bulevard. El poeta fuerte y vigoroso de la epopeya más que nacional, americana, nos hablará presto de su vida y de su obra, hay que acortar pues, los minutos, no distraer nuestra recóndita expectación en vagos motivos externos. Vuela el taxi por calles admirablemente pavimentadas rumbo a la calle Tabaré. Hemos de expresar al poeta el mensaje de México, y de la juventud mexicana y oír de sus labios la opinión del pueblo hermano que venga a mitigar un tanto nuestro desconsuelo al ver lo poco que a México se comprende en pueblos de la misma raza, del mismo idioma, de la misma religión.

Llegamos. La residencia es digna del poeta. Figuraos una casita colonial, colonial como es tradición: amplia, capaz, sonriente, hospitalaria, con sus hornacinas abiertas a la piedad de los moradores solariegos, con sus jambas de cantera labrada y sus portones de madera pulida en lineamiento historiados; chapetones recios y oxidados por el tiempo, herrajes calados por una fantasía un poco oriental; con sus azulejos dando la nota luminosa y cordial en lambrines y entrepaños, ¡reminiscencias lejanas de Talavera de la Reina y de nuestra bien-

amada Puebla de los Angeles! Más allá, el mar que comunica al poeta los secretos de su poesía vagarosa, después, el cielo, un cielo primaveral ya, que evoca en nosotros el recuerdo sedante de la comba que ha cobijado nuestros sueños y nuestras ambiciones...

Estamos ante el maestro: línea vigorosa, corazón amable que se entrega, con hidalgo desprendimiento al amigo, verbo cálido de iluminado que habla del pasado y del presente como dueño y señor de los secretos más hondos del corazón humano. Nos brinda hospitalidad con noble ademán de hidalgo castellano. Es la hospitalidad de la raza y así agradecemos las palabras que a México dedica como la expresión de un alma afín que sonríe a nuestros triunfos y lamenta nuestras desgracias.

"Ahora mismo pensaba en México. ¡Mire usted, qué coincidencia!—me dice, al estrechar la mano que tímidamente le extiendo—¿Por qué era? ¡Ah, sí! Leía en este periódico un relato de Nervo, de **nuestro** grande y siempre amado Nervo..."—Y nos recuerda la sabrosa aventura del Desierto de los Leones, cuando el poeta mexicano, eterno inquisidor de lo sobrenatural, cree adueñarse del misterio en la figura de don Jesús Urueta, disfrazada de fraile de otro mundo—"Este Urueta—sigue diciendo el poeta—¿es el Ministro que nos manda México ahora?. Mire usted, que es doloroso que países hermanos permanezcan tan distanciados, tan ignorantes el uno del otro, como si existieran tan solo en el mapa a manera de entidades geo-

gráficas sin vinculación espiritual ninguna. Nervo, Urueta harán mucho, sin duda, por este acercamiento que nosotros anhelamos tanto como ustedes. Las embajadas literarias hacen más que todas las fórmulas protocolarias y que los uniformes y ceremonias diplomáticas''.

Y el poeta nos habla entonces de lo que él anhela conocer a México, conocerlo físicamente. Sabe de nuestras literaturas y de nuestro arte, fué amigo de don Justo Sierra, de Juan de Dios Peza, de Guillermo Prieto, estima la labor de Casasús como humanista.

—''Diariamente recibo cartas de amigos de allá, envíos de periódicos, de libros, en mi despacho particular, verá usted las más recientes públicaciones de los poetas jóvenes de su país. Debo agradecer ahora mismo la atenta dedicatoria del libro que me envía un poeta joven de México''.

—¿Y libros suyos, Doctor?

—**La profecía de Ezequiel.** La guerra que ha dejado huellas tan hondas en el Mundo. Es menester una nueva voz que ordene a los huesos blancos, calcinados, esparcidos en Europa que se levanten como en el pasaje bíblico que informa el espíritu de mi libro. ¿Recuerda usted la profecía de Ezequiel...? Hilvano, además, una serie de acontecimientos de mi vida para formar con ellos una biografía espiritual.

Los puntos salientes. Lo más interesante que me ha acaecido en la vida. Se llamará el **Libro de Ruth.** Así como ella recogía las espigas

que Boz abandonaba, así yo formaré un haz con las que la vida ha regado en mi camino. Doy ahora una clase en la Facultad de Arquitectura, sobre teoría del Arte, anteriormente fui profesor de Derecho Internacional...

Y ya para despedirnos, bien entrada la noche, a la puerta de la mansión solariega de los Zorrilla de San Martín, el poeta nos dijo:

—Es tanta la afinidad espiritual y física, que existe entre ambos pueblos de América, que ustedes han podido hacer en México una película con el asunto de Tabaré. La he visto ya y pueden estar seguros de que he quedado completamente satisfecho de la propiedad y justeza de su desarrollo. Claro es, que nosotros hemos debido poner algo de nuestra parte para completarla, lo que ustedes no tienen; pero esencialmente, es excelente. Pasma el considerar la similitud del paisaje, del alma de ambos pueblos.

—Es el alma y el paisaje de América, maestro.

—Es el alma de América, amigo mío...

A lo lejos nos despide la voz varonil y simpática de José Luis Zorrilla de San Martín, escultor de renombre cuyo será el motivo de otra correspondencia interesante.

Afuera, como en el verso del poeta, sonaba el mar...

Montevideo, septiembre 9 de 1920.

EL SARCOFAGO DE AMADO NERVO.

Heredero de un nombre ilustre, José Luis Zorrilla de San Martín, ha sabido continuar la tradición artística iniciada por su padre; es amigo de México y de los mexicanos, lo fué de Roberto Montenegro en París; es, además, un entusiasta admirador de nuestra arquitectura colonial.

Después de haber hablado con el padre, hemos estrechado la mano del hijo, heredero del entusiasmo, del brío, de la verbosidad cálida del poeta. José Luis Zorrilla de San Martín es un hermoso tipo de artista americano, recordamos en el acto la nerviosidad ágil y suelta de Jorge Enciso y de Roberto Montenegro. Le sorprendimos en pleno taller ante una enorme masa de arcilla que descubría a poco las líneas enérgicas de una cabeza interesante. El hijo trabaja ahora en modelar el busto de su padre. El Doctor, arrellanado en un sillón frailero, charla de muchas cosas interesantes y bellas. José Luis, trabaja e inquiere con una curiosidad que nosotros nos aprestamos a satisfacer, pronto y bien.

Una mascarilla blanca, enjuta, de rostro pa-

ra nosotros muy querido llama poderosamente mi atención a la entrada del taller. Una noble serenidad, un dulce sueño ha sellado los austeros trazos de ese rostro. Así era, así traspuso los umbrales de la inmortalidad.

—Es Amado,—me dice José Luis—la mascarilla la obtuve personalmente sobre su cadáver. Me tocó en suerte, además, y como un último homenaje de mi patria al poeta desaparecido, esculpir el sarcófago con que regaló el Uruguay a México, piedra dura, resistente, como los efectos que supo cultivar el poeta. La premura del tiempo hizo que no se trabajara obra más interesante. Mire usted, algunos otros modelos. El cuerpo completo y yacente de Nervo... No fué posible. El poeta duerme bajo piedra uruguaya. Crea usted, que trabajábamos con un entusiasmo y con un dolor indescriptible...

Pedí una fotografía de la mascarilla...

—¡Oh, no! Una fotografía no. Esto pertenece a México, es para México, y usted puede disponer de ella. Que México conserve la última reproducción de la fisonomía de su hijo querido.

Por toda contestación he estrechado efusivamente la mano del artista.

José Luis ha dibujado los planos de la casa colonial que han de habitar los Zorilla de San Martín.

—Hemos querido que la casa tenga carácter. Hemos escogido para ello la única arquitectura que conviene a nuestros usos, costum-

bres y tradiciones: la amplia mansión de portalada capaz, corredores anchos y soleados, ventanales de herraje histórico. Aquí una puerta colonial auténtica. Azulejos franceses, franceses de setenta años ¡ya tienen, pues, tradición! Por desgracia no nos fué dable conseguir los españoles. Cacharros de Talavera, esos si viejos y auténticos también. Ustedes tienen una loza magnífica. Los ceramistas mexicanos son famosos. Roberto Montenegro me hablaba frecuentemente de ellos en París. Hableme de ello usted. Me interesa enormemente lo que se refiere a México y al arte mexicano.

—Sí, los ceramistas mexicanos fueron famosos—le explicamos—allá, por el siglo XVIII. Puebla de los Angeles produjo muchedumbre, de azulejos, tibores, platos, jarras, la loza poblana competía con la extranjera. Aventuramos nuestra opinión: la talavera poblana nos parece superior a la española. En la mexicana influyen dos elementos extraños a la península: el sentido artístico del indio que la fabricaba, y la poderosa, la extraordinaria influencia oriental. Los indios—le decimos—eran grandes dibujantes, estilizaban los modelos que se les ponían delante con una habilidad verdaderamente genial. Los códices nos muestran el ejemplo más claro de ello. Abstrae el indio, sabe encontrar líneas directrices, buscar el color predominante, dar a la figura un contorno raro, inquietante. Un dios es un símbolo y el símbolo lo expresa con una línea, con un círculo que no desentona jamás ni jamás deja de producir

en el indio la idea del dios que ha querido representar. Así decoraron los vasos sagrados de los teocallis primitivos, las estilizaciones sorprendentes de las joyas. Después el Oriente arroja sobre la costa del Pacífico, grandes cargamentos de loza china o japonesa, de esa loza admirable que se guarda aún con cariño en las casonas de los ricos de México junto a los cofrecillos de laca y a las chucherías de marfil que la Nao de la China, desembarcaba periódicamente en Acapulco... Y se fabricó mucho. El azulejo se extendió por la República, Cúpulas de iglesias, mansiones señoriales, fachadas enteras de casas se adornan con el fasto oriental de los azulejos. Es el complemento indispensable de nuestra arquitectura. Con el azulejo, los andaluces conquistadores pudieron evocar más fácil, y más dulcemente a sus ciudades abandonadas. Naranjos en los patios y la ilusión sería completa. Así surgió Guadalajara, y así nació Querétaro, mecidas ambas por el místico son de cien campanas argentinas, y perfumadas por las suaves emanaciones del azahar.

—Quiero pagar a usted la descripción que ha hecho del azulejo y su importancia con algo que no ha contemplando usted nunca: la preparación de un bronce con el sistema de la cera perdida.

—He explicado el procedimiento en mi clase de la Facultad de Arquitectura—tercia el Dr. Zorrilla de San Martín—y jamás lo he visto realizado en la práctica, me inscribo también

en la explicación. Porque es interesante: cualquiera creería que con vaciar el bronce líquido en el molde todo queda resuelto. Y ¿la capa brevísima de metal delgada, resistente?—Y entra en la explicación prolija del procedimiento, al par que en una cacerola puesta al fuego hierve la cera, instrumento maleable y delicado, nacido del trabajo, y símbolo también del trabajo fecundo y audaz.

Los moldes están listos, la cera líquida desciende humeante en el hueco... Todos callamos, la sencilla operación tiene algo de solemne... El poeta recuerda una anécdota de la áurea época del Papa Julio II.

Tiempo: el Renacimiento, (en un taller del Renacimiento parecemos encontrarnos). La muchedumbre se arremolina en la augusta plaza de San Pedro para presenciar la erección del famoso obelisco que la decora. Un edicto papal ordena guardar silencio absoluto en los ámbitos de la Plaza, los alarifes pugnan por levantar la pesada mole; crujen las cuerdas prontas a estallar, los músculos se distienden en supremo esfuerzo... Va a caer el monolito... Un grito rompe el silencio expectante que sella los labios:

—¡Acqua alla corda!

Así, con la visión delante de la edad de los Papas artistas, con la mirada fija en el molde que devoraba la cera, pensamos en el oro arrojado en los crisoles de Benvenuto Cellini...

—Espero que no será la última vez que nos veamos. Yo lo buscaré en la Legación. El ta-

ller es suyo. Un taller es siempre hospitalario. Charlaremos sobre México. México es un país extraordinario. Me interesa, repito, conocerlo a fondo. Ha sido una bella tarde.

—He venido a encontrar un rincón de mi país—me aventuro a decirle—estos azulejos, estas cosas... La mascarilla, la evocación áurea del Renacimiento han llenado mi espíritu de algo sobrenatural y eterno... Volveré, pues, en tardes como estas, a hablar de cosas bellas e interesantes... La noche está bella también, ¿verdad?

Montevideo, septiembre 14 de 1920.

UNOS MINUTOS CON DON ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.

Grandes carteles anuncian la venida de Raquel Meller a Montevideo. Ello me produce extraordinario regocijo. Va a permitirme dos cosas: satisfacer una de las grandes curiosidades de mi vida, el saber cómo una mujer genial ha transformado el cuplé en una obra de arte, fuente de emoción imperecedera; otra, conocer y conversar, por unos instantes, con don Enrique Gómez Carrillo, para mí uno de los primeros prosistas de la América latina. ¡He leído con tanto deleite las crónicas aladas de ese mago del ritmo, de la gracia! ¡Cómo me han seducido las incomparables evocaciones de Grecia y de Francia, de Buenos Aires y del Japón...!

Le vi por primera vez, ocupando un palco en el teatro "Solís", mientras su señora, en el escenario, nos hacía pasar por uno de esos momentos solemnes en la vida en que nos entregamos por completo a la emoción. El amor, el dolor, la muerte llegan calladamente a los aledaños de nuestra vivienda y llaman al recio portón que la cierra y hacen estremecer nues-

tro cuerpo. El seguía atentamente todos los ademanes de la señora y compartía con ella la satisfacción de la obra de arte realizada. De una a otra canción el pianista tecleaba perezosamente los compases de la Sevilla de Albéniz.

La vida y el arte de la gran artista estaba ahí hecha carne y sangre y gracia en esa pequeñuela que aplaudía a su madre y discutía con Gómez Carrillo, quizás con mayor comprensión que muchos de los espectadores sobre rudimentarios problemas estéticos.

Una carta mía y una breve y galana contestación de Gómez Carrillo, pactaron la reunión de ambos en una de estas bellas tardes de octubre, en el pórtico del teatro, mientras una cinta, de exagerados aspavientos cómicos acrecentaba el aburrimiento y exasperaba la impaciencia de los concurrentes.

Conversábamos como viejos amigos que se conocen de tiempo atrás. El posee toda la simpatía que descubre en sus crónicas. No habla por sí y ante sí, sin admitir réplica ni contradicción ninguna. Es amable y es sencillo. La amistad finca en su trato inmediatamente y una amplia comunión espiritual, se establece entre los que hablan. Yo en este caso, estoy poseído de la timidez del colegial ante el maestro. Lo que no me ruboriza ni me arredra.

La mirada de Gómez Carrillo es aterciopelada, muy suave y amorosa. Sabe ver solamente las cosas exquisitas, las sedas, las rosas, las guedejas de una niña o los ojos ne-

gros y fascinadores de su mujer. Su paso por el Japón, "heroico y galante", ha dejado en sus ojos una añoranza de telas bordadas a maravilla, de marfiles amarillentos, de bronces patinados, de colores desvaídos. Pallas Athenea, ¿habrá prestado el verde su mirada para reflejar en algunos ojos, como los del artista?

Habla sin alardes oratorios, ni escuchándose a sí mismo, no se complace en sus frases ni pugna por grabarlas dogmáticamente en el entendimiento del que las escucha. Su idioma es castizo, esta muy cerca del nuestro, tan discreto, tan aristocrático, tan armonioso, tan cercano de Versalles, y tan lejos del estruendo oratorio de la Convención.

—Soy mexicano—me dice—mexicano de corazón, que anhela conocer a México con uno de los más grandes deseos de su vida. Visitar no sólo la ciudad, la República toda, recorrerla paso a paso, para comprenderla y sentirla,— y nos habla de sus propósitos para el porvenir, de una visita a sus ruinas venerables: Palenque, Cichen Itza, Uxmal...

—Casi no escribo ya para los periódicos. Debo descansar. Mi labor ha sido dura y continuada. La labor, sobre todo del periódico, es fatigosa, abrumadora. Descansaré escribiendo libros que se alejen de la lucha diaria, de la visión pasajera, de la impresión fugaz. Iré a países lejanos, a tiempos remotos a desentrañar historias y leyendas que sean gratas al espíritu del lector y del autor. Ahora escribo algo sobre los monjes del desierto. Una lucha en la

Tebaida por el amor mundano, el sacrificio después del irreverente, su lapidación y su muerte. Las civilizaciones indígenas anteriores a la conquista, la vida fastuosa me seducen. Después escribiré algo sobre ello, una narración que tenga por escenario la frontera de mi patria con la suya. La provincia de Chiapas, por ejemplo. ¡Todo lo que me ha interesado el único libro digno de la conquista, el de Bernal Díaz del Castillo! ¡Qué deslumbramiento me produjo esa extraordinaria narración! ¡Qué portentosa civilización aquella, algo digno del oriente legendario, más interesante tal vez que este último, por ser menos explorado!

—La época colonial es demasiado gris y monótona para mí. No soy para encerrarme dentro de las cuatro paredes de un palacio virreinal, o para participar de las rencillas de los monjes en los conventos. Amado Nervo podía y quería tratarla. Un espíritu como el suyo, suave, sin exaltaciones, místico, casi ascético. Santos Chocano hizo del coloniaje algo versallesco y falso. Eso no fué la época colonial.

—Iré pronto a México, así que venza la resistencia de mi señora para navegar por los mares del norte. Alguna vez tendré que parar en Norteamérica, y entonces llegaré a México. Tengo en proyecto una gira artística que deberá terminar ahí.

—Le aseguro a usted, que es por miedo a navegar por los mares del Norte, y no a viajar en ferrocarril por la República. Sé que ya está en paz, o que debe estarlo muy pronto. A

menos que una nueva revolución venga a interrumpir la marcha conveniente de los acontecimientos. Dos años de paz, unas cuantas cosechas, el oro de las minas, la producción de petróleo, y México será grande como tiene derecho a serlo. ¡Oh!, si se pudiera lograr la formación de un estado americano con México y la América central, se lograría el establecimiento del país más poderoso de América, sería magnífico. Crea usted que lo deseo en el alma, por eso he dicho a usted, antes, que soy mexicano. La América central sola constituiría un estado pequeño y débil. Pero para todo es menester un poco más de juicio...

—Lo sé, lo sé, las informaciones son exageradas, hay parcialidad en las fuentes... Mis deseos, créame, son de que ustedes puedan muy pronto rehacerse de las enormes pérdidas que han sufrido y rehacer, también, el antiguo prestigio de México en el extranjero.

—Oh, no, no. No han influído en mí la opinión de tantos autores. ¿Blasco Ibáñez? He visto ahora, en todas las librerías un libro suyo: **El militarismo en México.** No lo he leído. Blasco Ibáñez tiene demasiado talento y puede hacerles mucho mal.

—Es extraño lo que me cuenta de Blasco Ibáñez. Ha sido en ocasiones un pirata; pero no un hombre que emplee la amenaza para escribir... por dinero. Cierto que los dólares lo traen ahora de cabeza. Las cartas que me escribe se han convertido en fantásticos relatos de ganancias de miles y miles de dólares...

imaginarios también. La vanidad pierde al amigo Blasco Ibáñez. Porque su nombre aparezca en los más grandes rotativos del mundo, es capaz de todo.

—Conozco a Urbina, he tratado en Europa a muchos mexicanos. No he podido seguir paso a paso el movimiento intelectual de México, por la circunstancia de ser yo un cristiano errante, en peregrinación por el mundo buscando satisfacer esa curiosidad espiritual que me asaltó desde niño. Ahora aprovecho la oportunidad para pedirle datos para mi libro. Lo que se haya publicado sobre las civilizaciones precortesianas. Ediciones de Sahagún, de Mendieta, de Durán, todo lo que pueda aprovechar en la obra que pretendo escribir. Vivo en París 10 Rue de Castellane. Anualmente voy a parar ahí. Tal vez tendré el gusto de recibirlo algún día, amigo mío.

—¿Usted en México?—Repito que será para mí un gran placer el visitar México muy pronto. Me interesa tanto, más ahora que se ha convertido en país de leyenda. Oro y sangre. España tiene la suya. Considero injusto, muy injusto, ese halo de tragedia con que han coronado a la hermosa capital del antiguo imperio azteca. Deben trabajar mucho, mucho, por destruir esa leyenda... mucho.

Abandono al insigne escritor, me estrecha la mano y me pone en ella un libro de crónicas admirable, el primero de la serie, con una dedicatoria nerviosa y rápida. Desciendo la breve escalinata del pórtico. Una racha de

viento helado penetra hasta mis huesos. Yo llevo frío en el corazón. Lo siento encogido y medroso palpitar muy adentro con un golpeteo de angustia marcado.

No bastan a reanimarlo, por ahora, el suave cintilar de las estrellas en un cielo espléndidamente primaveral.

Montevideo, octubre de 1922.

JOSE INGENIEROS Y NUESTRA RAZA.

Franca acogida, simpática recepción, manos que se tienden al visitante en un gesto casi alegre de camaradería, así somos invitados a pasar, mi buen amigo Luis Padilla y yo, al estudio del doctor José Ingenieros.

Breve saloncillo, útiles y enseres indispensables a un médico—el doctor Ingenieros se ha especializado en enfermedades nerviosas—iluminado a las cinco de la tarde por una veladora con pantalla verde; amplios y cómodos sillones de cuero, mesa cubierta de papeles, folletos y cartas con estampillas de todos los países de América.

Tras la mesa un hombre inquieto y nervioso, de bigote cortado a la inglesa, un perfil que recuerda, lejanamente, el de Alfonso Cravioto, un gesto parecido, quizá, al típico de Gómez Carrillo. Viste una especie de saco largo, guardapolvo, bata o delantal de esos que usan los médicos, boticarios y profesores de escuela en la Argentina.

Así vimos a Ingenieros en su estudio de la calle Viamonte, mi amigo y yo, en una tarde clásicamente bonaerense, de sol amortecido que

dora pálidamente la cúpula del Congreso y la gloriosa pirámide de mayo.

La charla empieza. Dejamos hablar a Ingenieros. Es comunicativo de por sí, dice todo lo que siente y siente todo lo que dice, aunque sean enormidades. Es, desde luego, revolucionario, lo que hace que se le tenga recelo en las esferas oficiales y desconfianza en sociedad. Lo cual no le interesa. Indudablemente, el prestigio de Ingenieros es superior en el extranjero que en su propia patria.

Prestigio merecido, por su inteligencia, por su estudio y por su audacia.

Curioso de las cosas que se suceden en el mundo, nos habla con simpatía cordial de México, simpatía que agradecemos cumplidamente.

—Me intereso enormemente por su país. La situación porque atraviesa es una de mis grandes preocupaciones. Estoy informado, hasta donde es posible por la enorme distancia que nos separa, de lo que sucede por allá. Desde luego puedo decirle que aprecio en todo lo que vale el movimiento filosófico y científico de su gran país. En mi revista verá usted aparecer con frecuencia las firmas de Vasconcelos, Antonio y Alfonso Caso. Tienen ustedes un núcleo de hombres de inteligencia, cultura y acción verdaderamente interesante. Si la juventud está debidamente preparada para representar fiel y entusiastamente su papel, el peligro de que en México suceda algo grave se alejará un poco, quizá se conjure definitivamente. No soy un ciego optimista del porvenir de nuestra Amé-

rica. Ansiosamente busco las palpitaciones del continente y no siempre un vago temor se aleja de mí. Temo por ustedes, que serán los primeros en sufrir el ataque, y temo por nosotros también, que aunque lejos, no dejaremos de sentir, tarde o temprano, las manifestaciones de un imperialismo capitalista, absorbente y avasallador. Estamos amenazados de una invasión lenta, pero constante y perfectamente organizada, de un pueblo poderoso que cada día siente la necesidad de plantar su bandera más allá de las fronteras que tiene señaladas. No soy, sin embargo, un enemigo del pueblo yanqui; admiro sus cualidades y comprendo su poder, y siento una terrible angustia cuando una nueva dificultad se plantea en las relaciones de ellos con nosotros''.

''No creo yo que con simples arreglos, siempre precarios, componendas diplomáticas y breves atenuaciones, se solucione el ya tradicional pleito de la América sajona con la América latina. La política de estira y afloja, de concesiones, de amistad sin límites, nos lleva derecho a una absorción ignominiosa por el yanqui''.

''Y no son vanas declamaciones mías. Hechos positivos pueden citarse en apoyo de mi aseveración, a más de los que todos ustedes conocen y saben ya de memoria. Se sabe, por ejemplo, que el gobierno de los Estados Unidos ha entrado en tratos con el de Holanda para adquirir la Guayana. Hasta ahora, la América del Sur se había desentendido por completo de las cosas que pasaban en el Norte. Ahora ya no

puede ser indiferente. Con la Guayana en poder de los Estados Unidos, tendríamos ya una avanzada de la que podría ser la invasión lenta y conquistadora del espíritu norteamericano. Habría con ello una excelente base de operaciones para los trabajos futuros''.

''El Brasil, al saberlo, se ha inquietado; la Cancillería pondrá en juego sus ardides, moverá a sus principales agentes. Habrá protestas, indudablemente, de amistad que no remediarán nada; y eso que el Brasil se ha mostrado siempre amigo decidido de la gran república del norte''.

''El Perú y Chile se ven obligados a dirimir la contienda sobre Tacna y Arica ante un tribunal yanqui. Colombia retira su legislación petrolera, hermana de la legislación de ustedes''.

''Cada frigorífico que establece una compañía norteamericana, cada banco o sociedad con capital en dólares, es una disminución de nuestra soberanía latina. Esto lo saben ustedes perfectamente por la cuestión petrolera...''

¿Cuál podrá ser el remedio?

''He aquí la cuestión más difícil de establecer. Quizá una protesta de las clases laborantes, perfectamente unidas, de toda América contra el capitalismo extranjero, principalmente norteamericano...''

—¿Aconsejaría usted el estallido de la revolución social como antídoto de la expansión capitalista, detentadora de derechos de la América hispana?

"Tal vez...Por lo demás, sería indispensable conocer a fondo las condiciones de cada uno de los pueblos que forman la entidad total hispano-americana. Particularmente de México, que nos sirve de vanguardia. Para mí sería interesantísimo estudiar de cerca a ese pueblo que tanto estimo. Puede que, conociendo los acontecimientos últimos, y estudiando sobre el terreno las condiciones sociales de su país, modificara mi punto de vista, totalmente radical que sobre el asunto profeso. De todas suertes, en un conflicto que desgraciadamente estallara, siempre estaría del lado de ustedes, apoyando la justicia de sus pretensiones, no sólo con la pluma, también con el fusil o la espada. Es más, llegaría a hacer uso del artículo constitucional que concede la ciudadanía mexicana a los latinoamericanos que la soliciten. No sería la primera vez que me sintiera tan mexicano como el que más".

Hemos salido ya entrada la noche. La conversación con el filósofo argentino ha sembrado nuestro espíritu de hondas inquietudes. La sinceridad con que ha hablado nos impresiona gratamente y los puntos tratados en la conversación han tenido el privilegio de apartarnos por varios minutos de las terribles realidades que señorean el mundo y poseernos de la inmensa aspiración de justicia que mueve todos los pechos. Alumbramiento de una humanidad moderna tal vez más justa y más noble que la que vivimos.

EL DRAMATURGO URUGUAYO FLORENCIO SANCHEZ.

Por segunda vez Italia, el suelo venerando de Italia, vuelve al Uruguay los restos mortales de un hombre que, buscando la consagración definitiva de la gloria obtenida en el Plata y respondiendo quizás a los clamores de la sangre que atrae al suelo de los mayores a los que llevan una gota de sangre hermana en las venas, pensó un día recorrer las ciudades que ha prestigiado una tradición gloriosa, con el temblor en los labios y el pasmo en las ojos. Italia envía a estos países del Sur hijos robustos que vienen a fecundarlos con el sudor de sus rostros vertido en horas de trabajo incesante y remunerador. ¡Qué mucho que las tierras de aquende el Atlántico paguen la ofrenda enviando peregrinos del ideal, buzos del espíritu, mensajeros del amor y, a veces también, del dolor que como los hijos de acá siembren con sus huesos la tierra latina apretando, con ello, vínculos establecidos de tiempo atrás!

El trabajo trasmutándose en ideal quintaesenciado de cultura. La fuerza del músculo y la preeminencia del pensamiento luchando en ti-

tánica porfía, dos corrientes que alimentan con su savia el mundo... La palpitación gloriosa...

Los restos de Rodó fueron los primeros en llegar a tierra patria. Ahora, y del mismo sitio, la ciudad de la música, la ciudad enjoyada por la gloria de su "duomo", Milán, los de Florencio Sánchez, el mayor dramaturgo que haya producido la América española en nuestros tiempos reciben el homenaje de sus compatriotas en una manifestación espontánea y cordial.

Desde México me era conocido el teatro robusto y de extraordinaria sabiduría del escritor uruguayo. Mi buen amigo Eduardo Colín, ahora Encargado de Negocios de México en Colombia, lo había señalado a mi curiosidad.

—"Es interesante; difícilmente se encontrará en América dramaturgo que le iguale".

Me di a leer con ahinco sus dramas **M'hijo el dotor, Los muertos** y **Nuestros hijos.** He asistido ahora al apoteosis que le brindaron sus admiradores en la propia tierra en que se movieran sus personajes. Ahora puedo entenderlos mejor y juzgarlos con cierta probabilidad de acierto.

Los periódicos del Plata llaman a Sánchez Marlowe y Shakespeare al mismo tiempo del teatro nacional rioplatense. Don Ricardo Rojas, historiador el más vigoroso de la literatura argentina en todos sus tiempos, discierne a Florencio Sánchez este doble papel de precursor y creador al mismo tiempo. Don Enrique

García Velloso, el más fecundo de los forjadores de escenas que aplauden los teatros de Buenos Aires, recuerda anécdotas de la vida bohemia del dramaturgo, a la vez que hace su panegírico más entusiasta don Víctor Pérez Petit. Ramiro de Maetzu, ponderado y profundo como siempre, llega a decir en periódicos españoles que es difícil encontrar en el mundo un dramaturgo de la fuerza del autor de **Nuestros hijos**.

La recepción de los restos fué imponente. Delegaciones de las sociedades de autores, tanto argentinos como uruguayos, acompañaron los restos al cementerio en medio del recogimiento más absoluto. Los papeleros, llamados aquí por el remoquete de uno de los personajes de un sainete de Sánchez, los "canillitas", siguieron a su viejo amigo hasta la morada definitiva, portadores de placas y de ramos de flores, que deshojaron sobre la tumba.

Las biografías del autor se multiplican y hasta se ha convocado a concurso para escribir la definitiva. Al trazar la silueta del comediógrafo seguiremos la fiel y honrada del director de **Nosotros**, don Roberto F. Giusti.

Sobre un fondo de miseria material se destaca la figura de un rebelde, alto, flaco, huesudo, insignificante al parecer; la pelambre revuelta cae en dos mechones reacios sobre la frente. Mal vestido, astroso mejor, le han de anticipar los derechos de su obra **M'hijo el do-**

tor, para que pueda comprarse un traje decente. Malbarata sus obras y gasta sus productos en copiosas libaciones con los amigos. Redacta periódicos subversivos en Rosario y pronuncia conferencias anarquistas en Buenos Aires después de haber revolucionado, a las órdenes del caudillo gaucho-uruguayo Aparicio Sarabia. Es bueno y generoso, se hace querer de amigos y compañeros. Las redacciones de los periódicos lo cuentan como un miembro inteligente, aunque tardo y perezoso por temporadas. Ama la bohemia. Murger probablemente no tiene nada que ver en ello. Torres de Villaroel, Ros de Olano ya lo fueron a su tiempo. Lo es por naturaleza Sánchez en el suyo, sin la truhanería canalla de la bohemia de arrabal y de prostíbulo. En el fondo, a pesar del naturalismo crudo y punzante que le da vida, su obra es romántica, fundamentalmente romántica, a pesar de la cédula realista que le asignan sus exégetas al clasificarla.

Arrastra su vida miserablemente, vendiendo grano a grano el oro de su cerebro, como el personaje de Daudet. Arde en pasión y se consume su alma en anhelos lejanos de justicia social que no encuentra en este mundo. La más perfecta y noble tragedia de este hombre fué la de su vida y la de su muerte, digno coronamiento de la primera. Es un ambicioso de vida y de gloria. La tisis, novia fiel, celosa y romántica, arrebata a la una y a la otra el amor del bohemio.

No es romántica su obra por la visión retros-

pectiva y arqueológica de su ambiente, sino por la profundidad sincera, honda y a veces lírica, sin declamación de sus personajes.

Todo el drama moderno se desarrolla en torno de una figura gigante, la de Ibsen. Ibsen crea el teatro de ideas, en oposición al teatro de sentimientos románticos o al teatro de intriga español. Sánchez, que escribió de 1903 a... 1909, no había de escapar a esta dictadura e hizo, luego, teatro de tesis. Concurre también a los espectáculos de las compañías italianas; tomó de ellas el realismo crudo, externo y anárquico de alguno de los dramas de Bracco. Tuvo además a Zolá por autor preferido, leyó a Gorki y a los publicistas rusos de la revolución de 1904, hizo crónicas de policía, fundiendo así su alma todas estas influencias, librescas unas, naturales las otras, para producir una obra en que se pueden rastrear todas ellas. Pero a pesar de todo, triunfa su alma romántica e idealista.

"Su teatro es el teatro de los humildes", ha dicho alguien. El dolor es la cuerda que más hábilmente sabe tañer el dramaturgo, las mujeres y los niños desamparados, enfermos de espíritu y de cuerpo, son sus personajes preferidos. Odia el mal y la maldad y se complace en la pintura magistral de caracteres nobles, dibujados con simpatía patente. Y a la mujer y al niño, al vencido y al enfermo, suele proponerles remedios ingenuos azules, lejanos, hechos como en los cuentos de azul de cielo y luz

de luna. Amargos en el fondo con amargor de hiel.

"Sus dramas son sombríos", dicen algunos. "Son reales", exclaman otros. No toda la realidad es sombría, ni todo es dolor en la vida. Fué ciertamente Sánchez maestro en expresar el dolor, como que lo sentía en su alma. Pero su misma enfermedad y su misma miseria pusiéronle en el alma negro crespón que impedía distinguir a los hombres y a las cosas en su verdadera proporción.

Así en Sánchez. Fué ciertamente maestro en expresar el dolor, como que lo sentía en el alma. Su misma enfermedad, su misma miseria pusiéronle en los ojos lentes ahumados que hacían ver las cosas más obscuras, más sombrías que lo son en realidad.

Como vencido, no oculta una generosa simpatía por todos los vencidos. Se acerca a ellos, los consuela, los ama, les promete una vida mejor, se complace en disecarlos fibra a fibra con morbosa delectación. Como Nietzche, enfermo y vencido, pregona el triunfo del superhombre, el derecho del fuerte, así Sánchez, enfermo y vencido, también propugna los derechos de la salud, de la felicidad en dramas de desarrollo endeble, ingenuos por su finalidad, de tesis muy discutible. En buena crítica, no puede decirse que tenga razón al hacer que el hombre olvide todo, abandone todo, inclusive a su mujer enferma, porque es sano, es vigoroso; porque la vida canta en él su himno de esperanza; porque sienta tremar su cuerpo con las más

hondas y perturbadoras urgencias, como lo establece en **Los derechos de la salud**; ni que prime el instinto sobre todas las cosas, haciendo irresponsable al hombre de su acción y glorificando la caída de la mujer, como lo hace en **Nuestros hijos.** ''Sánchez pregona el egoísmo, el triunfo del yo, no conoce la grandeza del sacrificio ni de la abnegación''—dice uno de sus bi´grafos. Es que él se ha sacrificado siempre por la fuerza de las circunstancias. El pobre que envidia al rico y que propugna las grandezas del rico.

Como conocedor de los secretos de su arte, es admirable. Está dotado de cualidades indiscutibles y únicas para el teatro. Sabe ver la vida y captarla en su cerebro como se captan las fotografías en el fondo de una cámara; sabe sintetizar situaciones con sobriedad y seguridad al mismo tiempo. No derrocha palabras; dice lo absolutamente preciso, no acumula efectos, sus actos son breves, sólidamente construídos. Sus personajes viven en la escena. El acto primero de **M'hijo el dotor**, los tres de **Barranca abajo**, el segundo y tercero de **Los muertos,** podrían ser firmados por un dramaturgo europeo contemporáneo: Bracco, Bernstein, el Benavente de **La Malquerida.**

En otros flaquea, particularmente en aquellos que son el escenario de alegatos en pro de un conflicto ideológico, falso e ingenuo. Sánchez no tiene rival como pintor de tipos criollos, el viejo indolente pero aferrado a la tierra, de la que ha venido a ser un simple accesorio remo-

vido frecuentemente por el "gringo" trabajador, tenaz y laborioso; el padre del doctorcito que no entiende y aun odia la vida ciudadana, el campesino burlado por leguleyos de pueblo que siente la honda tristeza de verse deshonrado hasta por su propia familia, que se vende a sus enemigos, y otros más, forman la galería de personajes criollos que pueden servir de pedestal a la estatua del precursor del teatro rioplatense. Quédese Sánchez en buena hora en el sitio que le han señalado, a par de Lope de Rueda o de Marlowe, que para ser Lope de Vega o Shakespeare le falta, si no talento y enjundia, sí, por lo menos, una obra más vasta, más universal, ya que no más humana.

Esta es la obra del hombre cuyos son los restos que cobijados amorosamente por la bandera blanca y celeste han descendido a tierra materna en una tarde llena de sol y bajo un cielo inmensamente azul que invitaba a soñar, a creer y a amar.

Montevideo, enero de 1921.

D. RICARDO ROJAS, POETA Y MAESTRO.

Acaba de ser electo para el Decanato de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y poco después concedíasele el doctorado **honoris causa**, el señor don Ricardo Rojas, uno de los exponentes más altos de la intelectualidad argentina; poeta, historiador y maestro, ha ocupado lugar preeminente en la educación de la juventud porteña actual, que ha cifrado en él esperanzas muy legítimas de progreso y de cultura.

Al plantel que ahora rige, análogo a nuestra Facultad de Altos Estudios, ha dedicado, de doce años a la fecha, sus actividades de maestro, dictando en él la cátedra de literatura.

El espíritu de don Ricardo Rojas es amplio, comprensivo y ponderado; expone ideas armoniosas; es ático y selecto, como el de José Enrique Rodó. Entrambas figuras literarias de América hay, indudablemente, un parentesco que historiadores y exégetas futuros sabrán explicar claramente. La prosa de los dos corre suavemente por un cauce límpido. La armonía de los conceptos no empece, sin embargo, a la

rotundidad de la frase y particularmente al vigor de los versos que escribe el poeta argentino.

Como maestro, ha escrito también una excelente historia de la literatura argentina, que es libro de consulta obligado para los que deseen conocer a fondo el movimiento intelectual argentino. Su historia, por la seriedad de la documentación que la funda, por la serenidad de sus juicios y el estilo pulcro, elegante y castizo en que está escrita, es uno de los pocos monumentos que existen y que tratan, bellamente, de cosas americanas.

La silueta del cantor y maestro argentino es característica; mejor, representativa, casi simbólica. Realiza en sí el tipo del hombre americano, semiárabe, semiindio, moreno, de matiz andaluz, más bien que cobrizo, nervioso, ágil, de melena abundante y endrina, de ojos negros y llameantes. Viste de negro, pulcramente, y se toca con un sombrero de amplias haldas. Es cortés en el ademán, benévolo en el recibir; conversador infatigable sin pedantería, su charla discurre sobre el álveo de la conversación con suavidad gentil de gran señor, con esa cortesanía que acostumbramos en México y que parece ser patrimonio excelente de nuestra raza mestiza.

Es un curioso de la historia y de la literatura y entiende de arqueología. Preocúpase singularmente de las tradiciones indígenas de su pueblo y es un ardiente propagandista de ellas. Por eso su labor finca hondamente en el co-

razón del pueblo argentino. Ahí donde otros vuelven los ojos al extranjero él los baja amorosamente a la tierra que le vió nacer y busca en los terrones la huella del paso de las generaciones que nos han precedido en la peregrinación. En su estudio conserva, amén de otros objetos interesantes, una manta más tosca que nuestros sarapes del Saltillo, trabajada por indios del norte, que muestra en su urdimbre un símbolo jeroglífico y también una primitiva y rara estilización del águila victoriosa del emperador Carlos V.

En sus ocios ha pretendido desentrañar el símbolo de un códice maya y ha pensado reproducir en los muebles de su escritorio los caracteres y dibujos de los monumentos indígenas.

Porque ama singularmente al indio. "Yo no creo—me ha dicho alguna vez—en la desaparición necesaria del indio como condición indispensable para el progreso de nuestra América. Creo, en cambio, en la necesidad de dignificar y educar al indio para que se realice la obra de progreso en el continente".

"Por tener ustedes indios en gran cantidad, forman un pueblo con fisonomía y caracteres propios. No es México, por ello, un enorme transatlántico tripulado por pasajeros de todo el mundo, como Buenos Aires, sino una ciudad de arraigada tradición y de inconfundibles rasgos. Esto vale mucho para el porvenir de un pueblo".

Diserta sobre la situación excepcional de

nuestro país con pleno conocimiento de causa, sin arredrarse ante los movimientos revolucionarios que últimamente nos han agitado, y que son, para los observadores superficiales, motivo de constante pesimismo''.

—''Desconfío, desde luego, más de los pueblos de inalterable vida política que se someten a todas las contingencias y a todos los gobiernos. Desconfío de los pueblos sin historia y sin aventura; en ellos no hay imaginación ni coraje, ni fuerza para luchar y vencer a la postre. El pueblo de ustedes es inquieto y viril. Y un pueblo que haya pasado por conmociones hondas y las haya sabido sufrir, es un pueblo en el que se puede tener confianza''.

Don Ricardo Rojas no es político, a pesar de ello no puede permanecer ajeno a los problemas que se plantean actualmente en el mundo. Ama a su patria lo suficiente para preocuparse ahincadamente por su porvenir. Así, en una noche solemne y por sufragio de compañeros y discípulos, formuló una profesión de fe política que merece ser conocida por nuestras juventudes. Esta profesión de fe, demasiado elevada y sincera para que pueda ser tomada como norma por el momento en ninguno de nuestros países, enfermos de política sin idealismo y sedientos de idealismo sin política, no tuvo ni la expansión ni el eco merecido. Preconiza la necesidad del hombre preparado que gobierne los pueblos, odia las improvisaciones funestas al buen ejercicio de la verdadera democracia. La acción política deberá surgir y

fortalecerse en tres entidades de importancia: centro de especulación filosófica: el instituto; foco de evolución democrática: las juntas; fuerza de agitación política: el comité. Estas funciones llenarán el objeto y constituirán la labor de la alianza de la nueva generación. Más amplia que cualquier partido político, será, al mismo tiempo, genitora de progreso intelectual y moral.

Así sueña este profesor universitario en un renacimiento de ideas, de sentimientos y de acciones también, que orienten definitivamente hacia el progreso una república como la Argentina, de enormes recursos latentes.

La Facultad que rige ahora don Ricardo Rojas es de las más modernas y de las más importantes también. El trabajo que ha menester desarrollar su nuevo decano es, a la vez, arduo y laborioso. La colonia no dejó muchos rastros de tradición literaria y filosófica importantes como los fundados en Lima, México, o tan siquiera Santa Fe de Bogotá. La Universidad misma acaba de celebrar ha poco el centenario de su fundación, casi tres siglos después que la de la Real y Pontificia Universidad de México y la de San Marcos de Lima. Hay que construir, pues, desde los cimientos.

Decano y alumnos, profesores y discípulos, trabajarán de consuno en la obra de cultura común, poniendo al servicio de ella una enorme dosis de fe y de esperanza. Rojas lo ha dicho ya en su última disertación universitaria: "Siéntese sobre la tierra el frenesí de una nue-

va esperanza. Adivino vuestras inquietudes gozosas o dolorosas, pues también son las mías. Por eso, en el umbral de la nueva acción, os digo, clausurando el discurso: seamos todos, nosotros y vosotros, como el sembrador, que mientras conduce el arado y va rompiendo el terrón de su gleba, suele ir modulando un dulce cantar en el aire de la mañana''.

Buenos Aires, noviembre de 1921.

LA MISION DEL LIC. JOSE VASCONCELOS EN EL BRASIL (1).

Ha sido nombrado Embajador de México ante el Gobierno de los Estados Unidos del Brasil, en el Centenario de su Independencia, el Doctor José Vasconcelos, Ministro de Educación Pública en el Gobierno y figura prominentísima en la joven intelectualidad mexicana.

Vasconcelos además de hombre de estudio ha sido hombre de acción, artista y apóstol, filósofo y creador de energías que están resultando salvadoras para México. Es hombre de férrea voluntad y de inquebrantable firmeza de principios. Sus libros **Pitágoras y Monismo Estético** y su tragedia **Prometeo Vencedor** señalan época en la historia del pensamiento hispanoamericano. Por no transigir con gobiernos despóticos ha sufrido persecución y destierro. Desde tierra extraña laboró por México tenaz y denonadamente.

(1) Concedida esta entrevista para **La Nación**, de Buenos Aires. Contiene declaraciones tan importantes sobre cuestiones americanas, que bien puede cobijarse bajo el fulgor simbólico de la **Cruz del Sur.**

Antonio Caso, González Martínez y él, reunen en torno a ellos los entusiasmos de la juventud mexicana, renovadora y orgullosa de estar forjando una nueva patria indepediente y libre.

Vasconcelos, como Ministro, colma de escuelas el amplio espacio del territorio mexicano, siembra bibliotecas en sus rincones más obscuros, prepara con ardiente fe de misionero a las generaciones del porvenir; como filósofo, establece las bases de una nueva y fecunda doctrina; como artista, pugna por dar vida a un robusto arte vernáculo, como americano abre los brazos de todos los hermanos de América en un amplio gesto de verdadera fraternidad y cree sincera y noblemente en los grandes destinos del Continente.

Como Embajador saluda en la Argentina y en el Brasil dos gallardas muestras de nuestra civilización latina y expone su misión en la siguiente entrevista que se ha servido concederme para LA NACION:

Fuera de simple acto de cortesía que implica concurrir al Centenario de la Independencia de la República del Brasil ¿Cuán es la alta misión que el Gobierno Mexicano ha encomendado a su Embajador?

—La Embajada que el Gobierno Mexicano envía al Brasil, no es un simple acto de cortesía para colaborar a la celebración del Centenario de la Independencia de aquella República, sino una medida práctica para lograr que los sentimientos de afecto que ligan a los dos pue-

blos se cnovierten en relaciones efectivas de industria y de comercio. Nuestro Gobierno comprende que ya ha pasado la era meramente romántica de las relaciones ibero-americanas y que ahora es preciso ligar nuestros pueblos con los lazos estrechos y constantes del intercambio de ideas y del intercambio de productos.

—¿De qué medios se valdrá la misma para dar a conocer a los sudamericanos el verdadero estado político y social del pueblo mexicano?

—La Embajada especial de México en el Brasil procurará dar a conocer por medio de entrevistas, artículos o conferencias, el estado social y político de México, principalmente procurará estudiar los pueblos del Sur. Más que enseñar deseamos aprender. Sin embargo, sabemos que no pueden existir verdaderas relaciones cordiales entre dos pueblos, aun cuando sean de la misma raza, si entre ellos hay una gran diferencia de condiciones sociales. Por eso procuraremos tomar de las instituciones sociales del Sur todo lo que tengan de más avanzado que las nuestras. No es posible que un gobierno despótico sea buen amigo de un gobierno libre, y a la vez, un gobierno demasiado conservador no puede mantener relaciones muy cordiales con un gobierno de ideas avanzadas, por eso lo primero que es menester para que dos pueblos se entiendan y trabajen en común, es que se pongan en el mismo nivel de desarrollo; de allí que el primer paso para la verdadera unión hispano-

americana sea el establecimiento en todos nuestros países de una democracia avanzada. Mientras los gobiernos estén en poder de camarillas, no se trabajará en interés de los pueblos, ni importará gran cosa el sentimiento de raza; se trabajará por el interés de las camarillas o de las castas, pero no por los altos intereses humanos.

—¿Procurará un intercambio activo de profesores entre las Universidades del Sur y de la mexicana?

—Sí, procuraremos establecer intercambio de profesores entre las universidades del Sur y la de México, aún cuando esto resulte costoso por las enormes distancias, pero debemos hacer un esfuerzo para comenzar. El primer paso en este sentido lo daremos cuando tengamos el gusto de recibir como huésped nuestro, a la eminente poetisa y escritora chilena, gloria de la América del Sur y de toda nuestra raza latinoamericana, Gabriela Mistral. Esperamos que Gabriela Mistral permanecerá entre nosotros dos o tres años, dedicada a escribir libros infantiles o dar conferencias sobre las nuevas orientaciones de la escuela.

—¿Diplomáticamente iniciará una mayor compenetración de las necesidades de ambos pueblos fuera de las fórmulas exclusivamente protocolares, para llegar a la realización de los verdaderos fines de América?

—Hablan ustedes de iniciar "una mayor compenetración de las necesidades de ambos pueblos fuera de las fórmulas exclusivamente pro-

tocolarias'', y en efecto, este es el objeto que nos proponemos y yo creo que se me ha escogido a mí precisamente porque se tiene el deseo de trabajar de una manera más profunda que la que permiten los protocolos, pues yo soy hombre, no solo ajeno a la diplomacia, sino en general enemigo de sus procedimientos disimulados.

—Estando el Brasil a once días de Europa y a veintiuno de México ¿influirá la Embajada en la realización del proyecto de establecer una línea directa de vapores que acorte distancias y ahorre intermediarios para el comercio?

—Siempre he creído que es urgente establecer comunicación directa por barcos, entre todos los países de la América Latina. Por desgracia México no está actualmente en condiciones de fabricar barcos ni de comprarlos, pero tenemos esperanzas de que las poderosas empresas que ya existen en la Argentina, Brasil y Chile, fijarán su atención en México, y sé que el gobierno mexicano está dispuesto a darles el mayor número de facilidades para asegurar viajes periódicos y frecuentes.

—¿Qué opinión se ha formado el señor Lic. Vasconcelos del estado social de los pueblos del Sur?

—Acerca de la opinión que yo me haya formado del estado social de los pueblos del Sur, debo decir, que estando próximo a visitarlos, prefiero reservar mis opinionos para cuando los haya observado de cerca.

—¿Qué opinión se ha formado el señor Lic. Vasconcelos del estado de adelanto intelectual y artístico de esos países?

—En cuanto al adelanto intelectual, sí puedo decir que el Brasil y la Argentina desde hace tiempo nos tienen deslumbrados con su intensa y brillante producción espiritual.

—Siendo decisiva la influencia europea en los pueblos del Sur, piensa el Lic. Vasconcelos contrarrestar esa influencia en alguna forma?

—Afirman ustedes que la influencia europea es decisiva en los pueblos del Sur, y yo me atrevo a creer que la influencia realmente decisiva en esos pueblos es la misma que en México: la influencia nacional. Yo soy un hombre que casi no tiene ojos para el pasado, considero la influencia europea en nuestros países como algo olvidado, y sólo atiendo a lo que estamos creando y a lo que hemos de producir, y me imagino que el papel de Europa en los próximos decenios será observar nuestro libre desarrollo y entretenerse escribiendo sus observaciones sobre lo que nosotros hagamos.

—Habiendo creado intereses muy serios los Estados Unidos en la mayor parte de las repúblicas del Sur, ¿cuál deberá ser la labor que deba desarrollarse para hacer de la América Latina una entidad libre e independiente?

—La salvación contra este peligro se encuentra, a mi juicio, en un nacionalismo ilustrado y amplio pero consciente de la misión histórica que tienen las razas. Es decir, que en todas las fases de nuestra vida social debere-

mos tener en cuenta la necesidad de desarrollar nuestra propia idiosincrasia con los elementos de todo género que nos vienen de todas partes del mundo.

LA MUERTE DE JESUS URUETA.

"La âme seule tient dans le corps peri,"
PAUL CLAUDEL.

Jesús Urueta ha muerto. El cable habrá llevado la nota a México, y México se habrá conmovido honda y dolorosamente. Uno a uno va perdiendo la República sus hombres representativos. Urueta ha sido único en la historia parlamentaria criminalística y literaria de nuestro país. Nadie dotado como él de la facultad de poseer y de usar el verbo de oro que arrebata a las muchedumbres. Urueta supo gustar todos los placeres, escuchó la palabra de Diótima de Mantinea, fué uno de los comensales predilectos del Banquete, sintió su cabeza coronada de rosas en los gallardos festines de la inteligencia y oyeron sus oídos el grato adjetivo que hasta ahora sólo se ha aplicado a los elegidos de los dioses. Fué llamado el "divino". ¡Qué bella reminiscencia clásica nos trae esta sola palabra aplicada a un hombre por un pueblo impregnado de un profundo clacisismo! ¿no es verdad, Alfonso Reyes?

Pues oíd ahora cómo, ese hijo predilecto de

los dioses supo apurar hasta las heces en los últimos días de su vida un cáliz amargo y doloroso. La carne que se enjuta, la sangre que se pierde, el corazón que deja de latir muy pausadamente, los ojos que se nublan, el cabello que enblanquece y, sobre todo ello, el pensamiento que conserva el imperio tiránico e implacable, la voz que se manifiesta aun potente sólo para gemir! ¿Comprendéis la tragedia? El hombre que ha amado sobre todas las cosas a la vida y los goces que la vida produce, ve cómo se le escapa, la siente partir, adivina, palpa, presiente la muerte y la teme, y la clarividencia de ese cerebro privilegiado no se pierde ni por un momento y es testigo del aniquilamiento de su cuerpo, y de la artera aparición de la Intrusa en los momentos en que más había menester de sus fuerzas, de su vida. En medio de su ruina, Urueta conservó el mejor tesoro que la providencia plugo conceder a hombre alguno: el verbo.

Su voz fué potente hasta el final, esa estupenda voz que electrizaba a las multitudes, que conmovía en el tribunal, que evocaba, cual no ha evocado ninguno hasta ahora, en la cátedra, las nobles figuras de la fábula griega, que ha levantado los corazones en las solemnes conmemoraciones patrióticas, era sonora aún, y sobrevivía a la catástrofe. Días antes de morir dictó un telegrama rotundo, lleno, lapidario. Fué el canto del cisne.

Pocos, muy pocos fuimos mudos espectadores del último acto de la tragedia: la familia

desesperada e impotente, Xavier Sorondo, amigo entrañable del amigo y yo.

Trataré de narrar este último capítulo de la vida del hombre, último también de la vida del artista, para que los hermanos de México sepan cómo murió la figura más grande que se ha dirigido a ellos desde la tribuna en nombre de la Patria, del Arte y de la Vida...

Salimos en una bella mañana de agosto, de México. El se encontraba ya restablecido de una larga y penosa dolencia que casi había agotado su resistencia física. En sus alforjas, peregrino del ideal al cabo, cabían más los ensueños que los doblones, y el alivio fué, por desgracia más aparente que real, forjado también por la ilusión. Ibamos todos a la tierra que atrae a los nuevos descubridores de mundos, y bien sabe Dios que llevamos un Cristóbal Colón cada uno de nosotros escondido en el pecho. Y el artista creyó en ella curar como si de sus fuentes brotara el famoso surtidor que preserva de la muerte a los mortales.

La carne, por lo demás, al enjutarse había brindado al espíritu un señorío absoluto. El espíritu primaba ahora dueño y señor de la materia que se disgregaba. Y así conservó su inteligencia única hasta el último momento.

Así cruzamos la frontera, así corrimos, en días calurosos, agotados todos por la calígine, enervados por la temperatura, menos él que sacaba fuerzas de su misma debilidad, por tierras yanquis monótonas en fuerza del cul-

tivo uniforme de sus granjas cortadas por el mismo patrón, hasta llegar a Nueva York.

El alma latina y armoniosa de Urueta protestó ante el aspecto de la ciudad fenómeno. Sintióse molesta ante tanta grandeza material, ante tanta monstrousidad desprovista de belleza, ante tanto dinero derrochado para hacer una ciudad grande sin lograr edificar una ciudad bella. ¡Qué lejos estaba de París al recorrer la quinta Avenida! Al abandonar la ciudad nada le debíamos. Desaparecieron en lontananza las siluetas, semiveladas por la bruma, de los rascacielos. Jóvenes no habíamos soñado nunca con una libertad como la que emergía del Hudson. La nuestra era alada, armoniosa, pliegues flotantes, luminosidad, gloria...

¡El encanto del mar para los aventureros y los poetas, aventureros al fin de un mar sin orillas! El mar sabe decir su secreto a las almas que tienen el don supremo de saberse fundir en el paisaje. Gris, verde, moaré, oro, fuego, tienen un matiz hermano de cada matiz del alma. Aun en la extraordinaria sinfonía de colores del trópico, en medio del derroche crómico más estupendo, el alma suele ser hermana de la onda y perderse con ella en las lejanías veladas por la bruma o enardecidas por el sol canicular.

Una tarde, cerca de la línea, nuestros ojos vieron incendiarse en fuego el horizonte, prenderse las nubes, hermanas celestiales de Loie Fuller en un extraordinario incendio que quemaba nuestras almas. La hornaza, que surgía

del mar, fué velándose poco a poco y de la cortina de fuego brotó como el metal de la turquesa la ciudad más fantástica que a ojos humanos fué dable contemplar. Cúpulas doradas de una ciudad divina, torres de nácar, estípites de oro, minaretes de rubíes. Todo el tesoro de Simbad hecho monumento, perlas de Karputala, sedas de Samarcanda y rosas del Mazenderán emergían del océano en la tranquilidad augusta de la tarde, poblada de gaviotas, y aristocráticamente tocada de tules violados. Venus prendía su lágrima en el manto regio de Helios que moría...

Agrupados a la borda contemplábamos extáticos la maravilla. El gran artista que fué Urueta, con los ojos muy abiertos, trataba de captar a la luminosidad ambiente un destello que convertir en frase, en himno, en oración. Por primera vez sus labios se sintieron impotentes. Como todos inclinó la cabeza, cerró los ojos y meditó...

Toda la energía desplegada al venir le abandonó al fin de la jornada. Precisamente cuando había menester de ella. El alma gravitó por meses sobre la materia y consiguió el milagro de hacer que un hombre se sobreviviera a sí mismo Y del artista no quedó sino solo esa llama que impedía a la carne disgregarse por completo.

La lámpara se fué apagando poco a poco, dolorosamente sin sobresaltos, hasta extinguirse por completo.

¿Quién podría decirnos si hasta ahora es cuando, en justicia, puede recibir el dictado de "divino"?

Buenos Aires, diciembre 9 de 1920.

PAUL FORT, PRINCIPE DE LOS POETAS EN BUENOS AIRES.

El Príncipe de los poetas de Francia, Mr. Paul Fort, ha estado en Buenos Aires. Paseó por la Avenida de Mayo, su chambergo de amplias y cumplidas haldas y su corbata-bufanda, propia para los romadizos dolores de pecho y pulmonías en cierne. Los transeuntes, curiosos, lo han tomado por un gaucho viejo que hubiese olvidado en la estancia el ''chiripá'', el poncho y el rebenque para dárselas de ''gringo'' de la ciudad, y pasear a sus anchas por las rúas de la enorme cosmópolis sudamericana.

El Príncipe no trae cortejo. Desdeña los apéndices protocolares, molestos siempre para un espíritu selecto. Le acompañan madame d'Orfer, su esposa y dos pequeños infantes.

¿Trae, el Príncipe, por acaso una embajada intelectual conferida por sus colegas los escritores franceses para los argentinos? ¿Su viaje tendrá resultados fecundos para la comprensión de América en Europa? En Francia nos ignoran como a todo el mundo. Francia es Francia, y sus escritores sus profetas, al nor-

te los "boches", al sur el Africa, Francia es el centro del universo, más allá la barbarie. Es poco probable, pues, que el viaje principesco tenga resultados positivos para el país que visita. Además, no es una misión que se ha ya bajo la égida de Minerva, sino más bien de Mercurio...

Los empresarios de por acá han descubierto una nueva manera de "épater le burgeois": la exhibición de "intelectuales" en los escenarios, como antes se hacía con los fenómenos en las pistas de los circos. Unicamente nos falta ahora el hombre del tambor y los platillos que grite desde la puerta a los que pasan:

—"Entren, señoras y señores, a escuchar al Príncipe de los poetas de Francia, que disertará sobre el valor de los vinos de su país y la importancia de la tradición culinaria francesa. Madame Germaine d'Orfer recitará, a propósito algunas baladas, las mejores de la colección. Siete pesos la entrada, pasen, señoras y señores, pasen, la sesión va a empezar".

Anatole France, suspendió por un momento la escritura de **La Isla de los Pinguinos,** para charlar un momento con el público argentino y ganarse algunos miles de francos. Clemenceau, escondió su garra de tigre para mostrar sólo sus bigotes tras la tribuna improvista sobre el escenario y gano también sus miles de francos. Ahora le toca a Paul Fort. No ha mucho hablaba el Príncipe, desde las columnas de **La Nación,** de lo difícil que se estaba poniendo la vida para los escritores franceses:

la crisis del libro, la baratura de los precios de colaboración en diarios y revistas, la depreciación del franco ponen en trance de muerte a los que de la pluma y para la pluma viven cabe la mansa y apacible corriente del Sena. Si América la próvida, América la rica, América la ingenua no existiera... pero felizmente existe y a ella vienen a reponer los deficientes en el presupuesto a cambio de dos o tres, o diez conferencias que poco dicen, o nada significan.

La empresa es productiva porque, además da margen a la venta de fotografías del autor convenientemente dedicadas según tarifa. La firma, por ejemplo, cinco pesos, ''a mi querido amigo'' siete, ''al culto intelectual'' diez, al ''glorioso colega'' quince, ''al hermano en Apolo'' veinte, aunque el dedicatario sea comerciante en ultramarinos. ¿Quién a cambio de veinte miserables pesos no se da la satisfacción de ser llamado colega del Príncipe de los Poetas de Francia?

En su primera conferencia, Paul Fort, fracasó triste y lamentablemente. Disertó sobre los grandes románticos franceses, Hugo, Lamartine, Musset, Vigny... y no pudo estar a la altura de las circunstancias, fué una conferencia pobre y mediocre y además, aburrida. Cualquiera de nuestros estudiantes de literatura puede hacerlo mejor con buena voluntad.

Uno de los inconvenientes de las empresas exhibidoras de genios es este: como no pueden mostrarse sino de conferencistas aunque en

su vida hayan pronunciado un discurso. o dictado una conferencia deben, necesariamente fracasar. Paul Fort, el admirable poeta de las "baladas", no es poeta de gran salón, ni mucho menos orador. La gracia de la Isla de Francia, el donaire peculiar de Lutecia, cabrillea en sus frases íntimas y agradables, capitosas y frescas como licor pisado en los lagares de la Champagne. Mal se aviene con esa figura enteca y amojamada, de perfil cyranesco, de silueta de Sganarelle, de tipo de mosquetero gascón, la toga doctoral de un maestro de la Sorbona o la casaca verde de un miembro de la Academia.

En cambio, cuando nos hable del París sentimental y evoca sus calles viejas, sus plazas escenario de aventuras y de tragedias, sus puentes iluminando con la luz amortecida de los faroles que rielan el Sena, los idilios callejeros y cordiales, se convierte en otra hombre en el poeta que nosotros conocimos y amamos en sus libros y canta con los pregones de las calles de París, ríe con las modistillas del boulevard, danza sobre el tablado de un music hall de Montmartre, y nos da la sensación movida y alegre de ese París alegre, romántico y sin trascendencia que hemos querido conocer.

Oid, por ejemplo, este bello elogio de la capital francesa; que vale por toda la conferencia aburrida sobre Hugo, Lamartine y Musset:

"París es una ciudad de juventud y como todas las ciudades célebres y bellas, como Flo-

rencia, la divina, como Venecia, la moribunda, como Roma, la eterna, es, sobre todo, una ciudad del amor. Es el vasto desierto habitado donde ruedan los granos de arena de la pasión humana. ¡Qué de grandes amores históricos han reído bajo el sol, se han estremecido de alegría en sus jardines, han vertido lágrimas ardientes detrás de las vidrieras cerradas de sus casas!''

Amores de Víctor Hugo, de Lamartine con Elvira, de Racine con Maurice de Saxe, de Carlos VI, el ''loco'', y de Odette de Champdivers. Bonaparte y Josefina, Abelardo y Eloisa, de Alfredo de Vigny y Mlle Dorval, la genial comedianta, que flotan aun en los rincones de la vieja ciudad del amor.

''Esas colinas parisienses—ha cantado un día Paul Fort—sosteniendo como reinas todo el reino de los cielos, y formándole a París una corona de verdor que las lejanias azulan, corona donde, bajo la enramada se han besado tantos jóvenes esposos o prometidos, corona hecha cada domingo de alegría y de embriaguez, y de ardientes e ingenuos goces. ¡Oh ciudad, ciudad incomparable de ternura y de amor!''

Aquí tenéis al poeta, al incomparable poeta que nosotros hemos conocido en las ''baladas'', poeta de entusiasmo y de amor, genuino poeta de Francia. Precisamente estas conferencias tienen su importancia como exégesis de la obra de Paul Fort. Nos explican de que manera las visiones, los sentimientos, el paisa-

je, se ha hecho obra de arte perdurable y eterna. Por eso el poeta lleva con derecho el símbolo de realeza que decora sus sienes.

No sólo ve la ciudad, oye la ciudad, y se siente extremecido bajo el poderío de las voces que cantan la vida por todas partes.

"El soprano y el bajo ululaban deshojando los oídos; los chillidos agudos de las mujeres surgían como cohetes entre el bramido ronco de los hombres; eso cuando los hombres no tenían voz de mujer y las mujeres voces de hombre, y he aquí lo que, si uno prestaba atención concluía por desprenderse de esa masa confusa:

—Manteca fresca.

—Salsa blanca, salsa verde.

—Mis hermosas nueces.

—Racimos, racimos dulces.

—Ensalada, bella ensalada.

—Vendedores de trajes.

—Agua, agua.

—Vino de Suresnes, Vino de Montmartre y tantos otros pregones parecidos.

Y Paul Fort, canta e imita los pregones en medio de la estupefacción general.

Estos bonaerenses cultos y distinguidos han venido a escuchar una conferencia, justa, medida, sabia, elocuente si es posible y se encuentran en pleno cabaret du Chat Noir. Acostumbrados a las arengas tribunicias de un Clemenceau, a los discursos vacuos de un Viviani, a las conferencias fogosas de "maitre". Orlando extrañan los gritos guturales de Paul

Fort, pregonando el sabroso vino de Montmatre.

En la conferencia del Jockey Club, sobró el orador; en esta, sobra el teatro y falta el ambiente de cabaret, alegre, simpático y un poco libre de las dos de la madrugada.

El barrio latino, la alegría de Montmartre con su Moulin Rouge ya desaparecido, las aventuras juveniles, emprendedoras y llenas de ardimiento de este príncipe-poeta que dieron por resultado la fundación con Camilo Mauclair, (que añora estos tiempos en un simpático artículo), y con Lugné Poe, del teatro de l'Oeuvre, de tan hermoso porvenir para la dramática francesa y que comenzó por revelar esas cumbres que se llaman Ibsen y Maeterlink, han formado la materia de estas conferencias, conversaciones, más bien llenas de gracia y de "sprit" netamente francés, sólo que ellas hubieran estado mejor en un cabaret literario de los que el mismo poeta evocó, y no en la pretenciosa sala del "Odeón", hecha para albergar toda vacuidad ampulosa y declamada de los dramas que en estos tiempos suelen representarse.

Por el público pasó, sin embargo, una ráfaga de entusiasmo lírico cuando, Mme. d'Orfer, diose a recitar aquel **Hymne a la Marsellaize**, que comienza:

O chant qui, d'un seul coup des
ses premieres accents explore,
affranchit l'air du vide envahit

l'air, n'est plus que l'air lui-meme
et qui fend l' ouragan
touffu des pas, des cris, des
trompetts guerrieres...!

ALGUNAS MUJERES....

RAQUEL MELLER.

Resistíame a creer que de un pequeño cuplé, tan insignificante a nuestros ojos de hombres demasiado complicados pudiera hacerse una obra de arte de muy subidos quilates. Cantar, cantar y poner en el canto el alma toda. Hacer de unos cuantos versos y de una música deleznable, sin poderoso "élan" para vivir por sí misma en las regiones de un arte indiscutible, hacer, digo, una joya incomparable, eso lo puede realizar solamente el genio de una mujer y esa mujer se llama en este caso Raquel Meller. Recuerdo que allá, en México, se citaba siempre el nombre de esta tonadillera al hablar de las cupletistas más insignes. Hablaban mis compañeros de prensa, generalmente, de memoria. Ahora digo que se quedaron cortos en el elogio. Por nuestros escenarios han pasado tonadilleras, usemos el término de moda, de algún talento y de ningún talento. Unas y otras nos hi-

cieron presentir la tragedia que existe en unos cuantos versos acompañados de una música ligera y adecuada como la que solía componer aquel pintor, poeta y músico que se llamó Martínez Abades: **Flor de té, El relicario, Mimosa, A hierro muere.** Oíamos todas estas canciones con una complacencia íntima y cordial; ciertamente, la voz pequeñita de la canzonetista era agradable, si no, poseía unos ojos negros como brasas o tocaba su garbo con una excelente mantilla y prendía joyas de subidísimo precio a su pecho; pero nunca sentimos correr por nuestro cuerpo ese calofrío que es el precio de las reales iniciaciones artísticas después la posesión plena, de la obra de arte realizada y, por último, el agradable sabor de haber gustado un delicioso momento espiritual. Esto estaba reservado para esa cupletista única que se llama Raquel Meller.

No tiene ella una voz extraordinaria, cualquiera de nuestras muchachas de la clase media que estudian canto en el Conservatorio podrá tenerla mejor. La vocecilla de Raquel es muy agradable, bien timbrada, clara como el agua y limpia como el cristal de nuestras fuentes, dócil a la pasión que ordena, a la alegría que enjoya el alma, al amor que expresa o al odio que escupe. La voz de Raquel Meller no es la de una gran cantante, es la de una estupenda actriz. Y ¿los ojos? ¡Oh! el elogio de los ojos no lo haremos nosotros. Dejámosle la palabra a María Guerrero indiscutible autoridad en la materia:

"¡Raquel Meller!

"La fuerza enorme de expresión de sus ojos interesa, atrae desde el primer momento. ¡Qué estupenda actriz se ha perdido con esta moda del cuplé en España!"

Actriz insigne lo es en esas fugaces cancioncillas eco de algún dolor íntimo de un amor incomprendido, de una pasión recóndita, de una alegría que estalla.

¡De qué manera tan incomparable canta el que a **hierro mata**, desengaño, dolor, conformidad triste en el castigo del culpable...! Sangrienta, vibrante en la **Virgen roja** pasa ante nuestros ojos como imágen de muerte y de espanto; mimosa, acariciante, en **La violetera** madrileña y castiza de la más pura cepa; graciosa en la sardana **Diguili qui vingui**; estupendamente trágica en **El ahorcado**, para cada palabra, para cada sonido encuentra la **nuance** apropiada, exacta y justísima que han de llevar al espectador de la tragedia dolorosa a la alegría jocunda de los cascabeles y los panderos.

¿Cómo llegó a realizar esto la Meller?

Ella misma nos lo dirá en un folleto que ha publicado sobre su vida y que titula modestamente **Confidencias**, con él contesta a todos los que quieren entrevistarla. Nadie menos partidiaria que ella de las charlas indiscretas, imprudentes y, a veces, impertinentes.

"Una revista muy popular en Londres ha pu-

blicado, en su número del 9 de abril de 1920 una vida mía que da miedo... La revista es nada menos que la **Word's Pictorial News**.... En esa historia cinematográfica, mística policiaca y romántica, yo aparezco cual una novicia que, en el momento de tomar el velo en un convento de Figueras, me escapo envuelta en una mantilla negra y corro a arrodillarme ante la reina para pedirle que me salve de las garras de las monjas que quieren cortarme mi cabellera y obligarme a hundirme para siempre en las tinieblas del claustro. La duquesa de Montellano, encargada por la soberana de protegerme, me hace cantar y al ver mi gracia me socorre....

"Me acuerdo que en Londres, en la velada que el Embajador Sr. Merry del Val tuvo la gentileza de dar en mi honor en mayo de 1920. Su Alteza Real la Princesa Beatriz, madre de la Reina Victoria Eugenia, me preguntó llena de solicitud, lo que había de cierto en la historia novelesca que todos los ingleses habían leído.

"Yo me quedé callada en medio de aquella concurrencia, evocando los recuerdos que el diario londinense profanaba convirtiéndolos en materia de reclamo... ¡Mi niñez conventual! ¡Mis primeras preces a los pies de una virgen de Lourdes, muy blanca, muy suave, muy francesa en su modo de acoger sin dureza las confidencias virginales!... Figurábame ver el claustro con sus arbolillos anémicos alrededor de una fuente seca, con sus arcadas sombrías a

través de las cuales se desarrollaba, en una procesión de retablos de piedra el drama del Calvario, con sus lamparillas que agonizaban eternamente en los rincones de penumbra... Figurábame ver a las buenas y a las malas hermanas, a las que sabían ser suaves, a las que me hablaban con dulzura, a las que, a fuerza de amar a Jesús, habían llegado a detestar a las criaturas humanas... Figurábame oír la voz grave de mi tía, la superiora, que no me tuteaba nunca, que me hablaba como a una señora, que se defendía, a ojos vistos, de la tentación de quererme más que a las otras... Figurábame oír las campanas, las innumerables y misteriosas campanas que tenían una voz para cada hora, para cada luz, para cada estación; que eran tristes o alegres según estaba mi alma: que me mecían al adormecerme y que me sobresaltaban al despertarme de algún ensueño místico... ¡Ah! ¡mi convento!...Yo lo evocaba ahí en la Embajada, sonriendo en silencio, hasta que la Princesa preguntóme de nuevo:

—¿Qué hay de verdad en esa historia del periódico?...

—Muy poco, le dije.

—Pero—insistió—¿ha existido ese convento?...¿y esa fuga?...¿y esa protección de mi hija y de mi amiga, la duquesa de Montellano?

—Sí...pero no como **Word's Pictorial News** lo cuenta...Fui educada en un monasterio, no de Figueras sino de Pupignan, bajo la tutela de una superiora que era mi tía...No me escapé materialmente... no salté ningún mu-

ro... no maté ningún Obispo como la heroína de Axel...Me fuí gracias a la ley francesa que protege a los débiles...El único funcionario español que me ayudó, fué el Cónsul... Y cuando llegué a España, en vez de ir a buscar el apoyo de Alfonso XIII, me marché a mi casa de Barcelona, donde mi madre me hizo ver nuestra pobreza. Luego trabajé bordando casullas..."

"Ahora, enamorada de mi arte como lo estoy, bendigo mi niñez pobre que me impidió pervertirme el gusto y que me hizo sentir prematuramente el amargo sabor de las penas, de los dolores, de las humillaciones y de las desesperanzas. ¡Ah! aquellos días tan largos, durante los cuales, cantando, meditaba yo sobre lo triste que es vivir. ¡Ah! aquellas veladas de mi casa, en las que, para ocultar mis ideas negras, aprendí a callar y a no moverme!

"Los que me conocen se extrañan mucho de ver mi existencia tan igual. tan retraída, tan silenciosa. Yo voy de mi nido al teatro, hablo poco, río menos, no visito a nadie, no recibo sino a los íntimos de mi marido, no me dejo intervievar, no contesto cartas, no complazco a los fonógrafos y hasta cuando estoy alegre no lo parezco...

"Todo eso, me viene del obrador, de la necesidad de ganar mi pan, de la tragedia de haber perdido a mi padre cuando más lo necesitaba, de mis noche de insomnio, pensando en el porvenir...Entonces fue cuando, sin saberlo formé la galería terrible de fantasmas sombríos

que pueblan mi imaginación. Entonces comprendí como se podía morir y también como se podía en ciertos casos, matar...''

¿No os parece, señoritas de conservatorio que esa vida es una enseñanza para vosotras? ¿Qué valen todas las reglas que pueden dar los profesores siempre fríos, siempre ecuánimes, al lado de una vida, bien vivida, de dolor, de miseria y de amor?

No nos detendremos en los comienzos de una carrera ascendente ¿Para qué? Variarán tan poco de una artista de **music hall** a otra. Raquel Meller comenzó como todas en un teatrillo de segundo orden y como todas también cantó coplas picantes.

—¿Donde habrá aprendido este ángel tanta diablura? exclamaba D. Jacinto Benevente por entonces.

Vida de miseria arrastrada por escenarios de picardía, envidias de las compañeras de menor talento y de mayores pretensiones ''asediada por la vileza de los señoritos que ocupaban las primeras butacas y la insolencia de los empleados del teatro en los primeros meses de su actuación'' supo purificar su corazón en el dolor y el ángel siguió siendo ángel en el infierno en que vivía y lo ha seguido siendo hasta hoy.

—No hay, pobre gente que se acerque a ella en demanda de socorro, decíame su marido en

el "foyer" del teatro Catalunya que no salga complacida de su liberalidad. Sostiene a la familia de su antigua criada, sostiene a tíos ancianos que viven en España, socorre a los mil parientes que le resultan esparramados por el mundo. Porque hay que ver la parentela de una mujer célebre... El otro día se le acercó una pobre mujer española con hijos, solicitando cien pesos para retornar a su patria. Figúrese, cien pesos ni para marcharse ni para permanecer... Ella no tuvo inconveniente en facilitárselos. Eso es todos los días...

Por eso ha podido, digo yo, intentar con éxito el ennoblecimiento del cuplé tan encanallado; por eso ha logrado hacer de la canción una obra de arte. ¡Lo que puede hacer un talento único aliado a una gracia única y a un corazón de oro! Y también un amor acendrado por su arte...

Cierto que los cuplés que canta son propicios a realizar la obra artística. Nosotros, los mexicanos, lo sabemos muy bien. ¡Qué honda emoción palpita en algunas canciones del bajío! ¡qué melancolía infinita, que tristeza, que drama se presiente en los compases, por ejemplo del **desterrado**! Poesía anónima, poesía popular pura como el diamante y dolorosa como una lágrima.

"Un gran crítico parisiense Noziere dice la Meller que una conferencia sobre nues-

tra música popular tuvo que traducir una do cena de "couplets" de los que yo canto más a menudo, quedóse asombrado al ver lo que hay como substancia emotiva en obrillas tales cual el Gitanillo, el Relicario, la Virgen Roja, la Infanta María, etc.

—No tenemos nada comparable en nuestra literatura, decíame entusiasmado.

"Y luego, cuando me vió cantar, o mejor dicho "representar". o "encarnar", algunas de ellas, declaró, en varios artículos, que mi repertorio le había hecho experimentar sensaciones inesperadas de belleza y de emoción. "Hay dramas clásicos famosos que nos fascinan sólo porque tienen un momento comparable al que palpita en el Ahorcado".

Con Noziere opinan escritores como Gómez de Baquero y Cansinos Assens en España, autores como Roberto de Flers y Pierre Wolff, Benavente y Linares Rivas, artistas insignes como Antoine, como Gemier, como la Rejane y Suzanne Despres.

Solamente no ha merecido la aprobación de las compañeras que la imitan sin talento, de las que hacen del cuplé una canallería y del arte un guiñapo.

Y esas, la tienen en absoluto sin cuidado.

Montevideo, octubre 8 de 1920.

CAMILA QUIROGA.

Camila Quiroga ha inaugurado su temporada de comedia y drama en el Teatro Odeón de Buenos Aires, el de mayor prestigio, en su género, de Sudamérica, por la tradición escénica de rancio y noble abolengo que timbra su blasón. Se ha presentado la Quiroga después de un paseo provechoso y fructífero en enseñanzas por tierras de España y a través también de los centros dramáticos de la Isla de Francia. La excursión ha servido para hacer saber a los de allá lo que la América produce y para estimular a los de acá, que en adelante tendrán por tan bueno y tan bello lo que producen estas tierras como lo que nace allende el Atlántico al calor de una tradición varias veces secular.

Muchos fueron los incrédulos en el éxito de la obra que audazmente emprendieron los artistas argentinos, muchos dudaron del éxito de una actriz que tiene todas las dotes y todos los merecimientos indispensables para conseguir la sanción más franca y definitiva de sus esfuezos entusiastamente emprendidos.

Yo también, sin conocer a Camila Quiroga, dudé.

Es que hablaba en mí el escéptico que todos llevamos dentro. En torno del viaje hízose una atmósfera pesada y densa de comentarios pesimistas y desalentadores...Por primera vez una compañía argentina iba a atravesar el océano para representar en Madrid y en París obras exclusivamente argentinas por personal netamente argentino también. Nuestra Virginia Fábregas intentó la aventura, pero sin finiquitarla convenientemente, puesto que se conformó con representar su teatro francés que encarna tan admirablemente y sus pocas piezas en español que se avienen a su temperamento y si pretendió hacer algo mexicano, fue con carácter meramente accidental y no por cierto con lo más recomendable de nuestro teatro.

La labor de Camila Quiroga tenía, pues, un objetivo más amplio y estaba influida por una consideración patriótica extraordinariamente plausible.

Disponía, para llevar a feliz término su programa, de condiciones muy dignas de ser tomadas en cuenta, a saber:

Una juventud inquieta y ágil, deseosa de progresar en la carrera emprendida, de abrir nuevos horizontes a su arte, de triunfar, decididamente, de todos los obstáculos que obstruyeran su camino. Este factor psicológico es indispensable para obtener un resultado favorable en la consecución de nuestros empeños;

pero no constituye cualidad única en la realización.

Una figura que se adapta a las tablas por manera admirable, una belleza severa y simpática al mismo tiempo, que llena la escena y conquista rapidamente al espectador. Esta condición plástica viene en ayuda de la exclusivamente anímica y hace fácil y cercano el éxito.

Pero la figura alta, proporcionada y bella desluce si no se agrega una voz agradable y flexible, al mismo tiempo, que se adapte al grito de la pasión, como a la insinuación blanda y amorosa de un discreteo galano. Y Camila Quiroga pesee esta cualidad que frecuentemente abandonaba a nuestra, por muchos conceptos, interesante Virginia. Ríe bien, sin llegar a la rispidez que a veces detona en nuestros oídos y llora bien sin recurrir al hipo que subleva nuestros nervios y malogra una escena conmovedora. Componiéndose la farsa que vivimos de llantos y risas, el saberlos reproducir artísticamente en escena, es ya haber logrado buena parte del triunfo.

Todas estas cualidades nada son si el artista no tiene un medio apropiado en que ejercitarlas, si no responde la armonía del conjunto a la importancia del personaje central, si no hay actores que colaboren con él, a la realización del espectáculo. Ella ha buscado un conjunto armónico, ha sabido colocarse en el centro de una compañía formada por elementos discretos e inteligentes, que colaboran en la realización de esta obra artística que, en es-

te caso especial, es fundamentalmente patriótica.

La compañía del "Odeón", sin ser, en conjunto, la que viajó por Europa, no desmerece de las que hemos visto trabajar en nuestros teatros dirigidas por comediantes españoles distinguidos. Se mueven justamente, trabajan todos con entusiasmo y a conciencia, cuidan su vestir, ensayan bastante y no acostumbran colaborar con los autores en los parlamentos de la obra, ni tienen la suficiencia de corregir, a su talante, los libretos.

¿Pero es tan importante el repertorio argentino, que permita la representación de piezas dramáticas comparables a las que escriben los autores franceses o españoles?

En una correspondencia anterior daba una idea de lo que es el teatro argentino, y del afán de mercantilismo que, desgraciadamente, posee a los empresarios, autores y comediantes. Si eso es verdad, también lo es que pueden escogitarse por ahí buen número de obras honestamente escritas y que puedan representarse sin desdoro en cualquier capital europea, y la compañía del "Odeón", llevó y representó aquello que pudo ser visto y oído, sin mengua y con aplauso por el público extranjero. Es justo por ello, discernir un elogio entusiasta a don Vicente Martínez Cuitiño, director artístico que fué de la compañía. Quedó aquende el Atlántico lo ñoño, lo mezquino, y lo señalado con marchamo comercial, fué allá, como gallarda representación de la cultura ar-

gentina lo bien pensado, lo selecto, lo típico y lo representativo.

Parte y no poca del éxito, justo es confesarlo, se debe a la actividad incansable de Héctor Quiroga, alma de la empresa.

—"Yo me propuse—decíame, no ha mucho en su saloncito del "Odeón"—triunfar en Europa, y lo he conseguido. Nada me arredraba, ni el costo enorme del viaje, ni las dificultades consiguientes a una gira preparada sin antecedentes y obstruída por comentarios, alusiones pesimistas, dudas inquietantes, temores de los amigos, malevolencias de los enemigos, impedimentos de los artistas... Nuestra satisfacción ha sido inmensa al ver colmadas las localidades del Teatro de la Princesa, tan difícil de llenar por su alejamiento del centro de Madrid, y ser juzgada la compañía favorablemente por críticos de la talla de Manuel Bueno, y de autores insignes como don Jacinto Benavente y los hermanos Quintero. Después hubimos de volver por unos días al "Español", para satisfacer los deseos del público, que deseaba más representaciones de nuestra compañía. En el "Antoine", de París, el éxito fué, si cabe, mayor. La prensa toda tuvo para nuestra labor palabras de elogio. Hemos demostrado que se comprende y que hay interés por nuestro arte. Ahora nuevas empresas me tientan... Una gira por el pacífico, una temporada en México... Mi mayor ambición es hacer de mi compañía el centro de todas las actividades dramáticas serias de

hispanoamérica. Ya representamos en Europa obras de dos uruguayos y un chileno, ahora quisiéramos incorporar a nuestro repertorio obras mexicanas, Pronto visitaremos esa República que tanto nos interesa. Y ya ve usted, que cumplo lo que me propongo".

Este empresario, y ya excelente amigo nuestro, es representativo del hombre de voluntad, físicamente fuerte, voluntarioso, ágil y de imaginación. Su esposa, la gentil actriz argentina, fuera del escenario es una agradable persona todo entusiasmo y todo pasión que desborda, alma afuera, por dos bellos e interesantes ojos ya preñados de fervor trágico en la escena, ya aterciopelados de ternura en su hogar que acogen al visitante con mirada hospitalaria y amiga.

Extiende su mano y al despedirme, con ese agradable dejo de la mujer argentina que en su voz justifica el nombre de su patria, dice:

—"Dígale a mi público de allá, ve usted, lo considero mío, que para mí sería una de las satisfacciones más grandes de mi carrera el hacerme aplaudir y querer por los mexicanos."

Y salió a representar el tipo varonil en lo externo, hondamente femenino adentro de una linda comedia de don Alberto Weisbach. **El amigo Raquel**. Días después logró conmoverme hondamente en esa delicada obra de Nicodemi, que se llama: **La Maestrina.**

TORTOLA VALENCIA.

Para que el canto sea la expresión litúrgica por excelencia, ha sido menester un largo período: la Edad Media, de honda introspección, de misticismo profundo, de serena contemplación más allá de la vida. Ha sido menester la fábrica de catedrales airosas, que cristalizaran las oraciones y las plegarias fervientes, que dijera Taine, que elevaran al cielo el milagro de sus agujas y presentaran a los cuatro vientos la labor finísima de taracea de sus encajerías de piedra. Algo debia llenar las naves espaciosas y ojivales de sus recintos, y fué el canto llano, la austera voz de los coros acompañados del órgano. Ha sido menester, también, la profunda ciencia y la dialéctica formidable de un Tertuliano, de un San Gregorio, de un San Agustín, arietes demoledores de las tradiciones paganas y el nacimiento de un Palestrina, para hacer de la voz del hombre el instrumento mejor acordado y más grato a los ojos de Dios. El canto litúrgico se elabora en la Edad Media, se perfecciona en el Renacimiento y culmina en los oratorios de Juan Sebastián Bach. Es una elaboración fundamen-

talmente subjetiva, de acuerdo con el silencio de los claustros y con lo imponente y conmovedor de las ceremonias de los templos.

En cambio, en la antigüedad clásica, en el Oriente fastuoso, no es el canto, es la danza, la expresión litúrgica fundamental. Para que haya danza se ha necesitado solamente de las siete cañas de la flauta de Pan o de la lira heptarcorde de Terpandro. El canto religioso es esencialmente **apolíneo** que diría Nietzche, la danza es **dionisiaca**: es la expresión de la alegría de vivir que se desbordaba temporalmente en las adonías o en las bacanales. Alrededor de Dionysos gira la tragedia y la danza, hondas manifestaciones de vida vigorosa y fecunda.

Krishna, en las pagodas de la ciudad santa de Delhi, ha recibido la ofrenda de las bayaderas. Bayaderas son también las escogidas para representar los sentimientos más sutiles y delicados en los poemas de Firdousi y en el teatro de Kalidasa.

Las artes plásticas representan la vida paralizada en un momento determinado. El gesto sorprendido por el pintor y perpetuado en el tiempo y en el espacio. La actitud del Discóbolo será eternamente la misma, de aptitud del movimiento y de perennidad de la acción inicial.

El mayor afán de los artistas modernos es dar vida a las figuras inmobles, sin conseguirlo. Rodín ha hecho un esfuerzo genial, sin embargo; el Balzac y el Víctor Hugo representa-

rán siempre solamente, al hombre abstraído en la concepción dolorosa y atormentada de una frase o de una estrofa.

El impresionismo y el cubismo en pintura, tienden a realizar este **disideratum** del arte plástico contemporáneo. La danza lo realiza a maravilla. He aquí un caso curioso de un arte que es a la vez primitivo y refinado, simple y elemental, y hondamente complejo, que aparece en los albores de los pueblos como manifestación primigenia de toda poesía, en torno de las hogueras y de las hachas de silex, utilizando e idealizando sensaciones fundamentalmente carnales y que es, a la vez, la más alta expresión, después del drama lírico, del arte de los pueblos más refinadamente cultos y super-civilizados. El polinesio y el malayo se apasionan igualmente de la danza que cualquiera de los espectadores que concurren a un teatro europeo.

Todos sentimos aletear en nosotros el espíritu del baile. Lo admiramos en los escenarios o lo practicamos en los salones, rindiendo parias a la cursilería ambiente en danzas que son atentados a la estética y a la moral.

La danza interpreta ahora la música, es el comentario de la música. La danza es el sonido hecho movimiento y color, el sonido materializado, por decirlo así, en los movimientos del que danza, es la armonía subjetiva y hondamente sugestiva de la música, objetivada y convertida en acción.

La danza implica atavíos fastuosos, decora-

ciones regias. La danza culminó por eso en el Oriente y en Bizancio.

La Edad Media, que predicaba pobreza, ayuno y desprendimiento la anatematizó.

Pereció la danza entre las ruinas del Imperio de Oriente.

Los cronistas han vaciado la espuerta de los ditirambos a los pies desnudos de Tórtola Valencia. Todos han querido cosechar rosas en el jardín exúbero del elogio y han dicho, como siempre que se quiere rebasar el límite de la galantería, tonterías sin cuento, y vaciedades sin número. Han ido a buscar la filiación de la ilustre bailarina española donde se trata de encontrar la cepa de todos los abolengos artísticos: en Grecia, sólo porque Tórtola baila algunas danzas que pudieran parecer dionisiacas, coronada de pámpanos y con el flotante himathión pendiente de los hombros. La han ido a buscar, también, en medio de los tapices de Samarcanda y perdida en cojines de Stambul, en los viejos palacios que dejara vacíos el alma de Sheherazada, al acabar de contar los divinos cuentos de las Mil y una noches.

Tórtola Valencia, a pesar de sus fastuosos bailes orientales, de sus trajes riquísimos, no viene directamente de ahí. Viene de España. ¡Como si España no fuera cuna de oro para bailarinas! Ya los patricios de la época de Augusto divertían sus ocios contemplando el tranzar de los pies y los brazos de las bailarinas de Cádiz.

España ha sido, a más de la "tierra de María Santísima", el solar de la danza cálida y sensual. No en vano los moros asentaron en ella un Califato tan ilustre, como el oriental de Bagdag. Los árabes son los creadores de la danza cálida, vibrante, colorida, un poco monótono y monorrítmica, amaban las decoraciones suntuosas, los ricos tapices, los baños perfumados, el cultivo de los jazmines. Creían en un paraíso poblado de hurís de ojos muy grandes y rasgados, como los de Tórtola Valencia.

Viene de ahí pues, sólo que posee un temperamento artístico sorprendente, una cultura vasta y amplísima y un talento genial. No pudo conformarse, en estas condiciones con el simple baile de las tonadilleras y bailadoras, con el flamenquismo rastacuero que han popularizado en extranjis los autores de las **espagnolades** que tanto éxito tienen en los tablados de Montmartre.

Ha estilizado admirablemente los bailes de su patria, escoge los más aristocráticos, los del siglo dieciocho, por ejemplo. Crea la **Serenata** española de Albéniz y la viste copiando un modelo de maja de Goya.

Interpreta, con la armonía de su cuerpo, la música más delicada, más sutil, así como la más feroz y discordante. De Strauss a Rimsky Korsakov hay un abismo que salvan prodigiosamente los pies alados de Tórtola de Valencia.

En los brazos vincula la Valencia las tres cuartas partes de su arte. Ellos lo dicen todo: ya se elevan en actitud de suprema depreca-

ción, se retuercen, ululan de dolor como en la **Marcha fúnebre** de Chopin, danza que pone calosfrío en el cuerpo y congoja en el corazón. Ya son gráciles, ingenuos como porcelanas de figurita de bisquit de la **Serenata** de **Drigo**, que deja en el tacto y en la vista la sensación de un cuerpo frágil y diminuto. Ya son ardientes, vengativos, manchados de sangre en la **Gitana de los pies desnudos** de Saint Saens, blancos, puros, perversos caldeados por el sol del desierto en la **Danza de Anitra**, de esa Anitra que representó para Peer Gynt, eterno buscador de la originalidad, "lo eterno femenino" en el aduar del desierto africano.

En las danzas de oriente, encuentra Tórtola, amplísimo campo para espaciar su temperamento hondamente pasional. Ahí exhibe trajes más suntuosos, ahí nos hace entrever paraíso de ilusión. **Rektah** de Luigini, visión de un pájaro desconocido y suntuoso que pasea la cauda de seda y oro por el escenario, La Serpiente de Délibes, reptante y misteriosa aplaca los conjuros de las divinidades malignas. La **danza árabe** de Tachaikowsky cierra una velada que ha sido orgía de colores y de luz. Los Reyes Magos nos han traído en este enero el don precioso de entrever los países de donde vienen.

Razón tiene el cronista que dice que en el arte de Tórtola Valencia hay mucho de colorido de Zuloaga y de Anglada Camarasa, tiene además, para mí, la elegancia peregrina de los dibujos de Baskt.

EL ARTE, LAS COSTUMBRES, LOS ESPECTACULOS.

LA MUJER ARGENTINA.

El título promete una crónica suave, elegante y perfumada. El asunto es tentador en demasía para el que haya paseado de cinco a siete por la calle Florida de Buenos Aires, concurrido un domingo al Hipódromo y tomado te un viernes en Harrods o un martes en la Confitería París. Así rigurosamente en horas y en días lo que no esté comprendido en esta distribución de tiempo no es 'chic''

El mundo elegante argentino lo hace todo con un método excepcional, ni minuto más ni minuto menos. No se os vaya a ocurrir nunca pasear antes de las cinco por Florida o después de las siete. Esta es la hora del ''demi-monde''. Ni ir a un teatro a matiné de domingo, función dedicada a la servidumbre de las casas chic, ni paladear un helado en otra confitería que no sea la señalada, ni comprar ropa que no tenga etiqueta de dos o tres casas previamente habilitadas para ello, Harrods para las mujeres, Barber para los hombres, ni enviar a la prometida un ramillete de flores que no sea formado por Chauvin. Si por desgracia hacéis algo prohibido en esta enumeración, caeréis

indefectiblemente en la clasificación de cursi de remate, "cache" o "zonzo".

Ahora, sólo diremos que la mujer ha tomado parte especialísima en esta legislación. Y la mujer argentina, oídlo bien, es la más elegante de América. ¿Será, acaso, la más elegante del mundo? ¡París, París corres trance propincuo de ser destronado en tu fama de albergue de mujeres lindas y elegantes, por esta Argentina que ya tiene la osadía de discutir las modas que establecen tus modistos y de reírse de los figurines que lanza Paquín!

La mujer argentina no es tipo de belleza sorprendente, exuberante como la española, perfecta como la romana, inquietante como la rusa, infantil, ingenua y cinematográfica como la yanqui, su figura es menudita, (cincuenta y seis kilos de peso como máximun), sus ojos negros, su tez morena acusa la ascendencia italiana de la damita, pelo esponjado, lo más esponjado posible, melena si es necesario o, cuando menos, un par de patillas rizadas que encuadra un rostro ingenuo, muy pocas veces travieso, casi ninguna atrevido, andar leve, deslizarse más sobre las baldosas de las aceras, el cuerpo inclinado hacia adelante en la actitud de la victoria de Samotracia sobre la proa del velero inconcluso, y como en la Victoria, el viento dibuja admirablemente las formas bajo la tela sutil, vaporosa, etérea que las cubre...

¡La mujer argentina es atrozmente, exageradamente elegante!

La elegancia de la argentina consiste, ¡oídlo, bellas amigas de México! en la sencillez.

Cuando en el cine ven aparecer los atavíos de las parisienses que concurren a una carrera en Longchapms, sonríen; cuando surgen las yanquis ríen sin parar. Para unas y para otras tienen ¡Dios mío! un reproche por lo exagerado de sus adornos.

¿Qué harían si tuvieran delante un modelo mexicano?

Un compatriota decíame que ahí donde la argentina ve un vestido terminado, la mexicana lo considera apenas empezado y procede al adorno. Consuélense mis adorables compatriotas, que la brasilera también es así....

Sencillez clásica, túnicas vaporosas, líneas suaves, armonía perfecta en los colores, clámides más bien que vestidos, himathiones griegos por mantos.

La argentina ha llegado a comprender que en la suprema simplicidad, que en la sencillez absoluta radica la suprema elegancia perenne como arquetipo desde la estatuaria helénica.

¡Sencillez, divina sencillez, que emparentas a estas mujeres con las gloriosas madres de la belleza humana eterna!

Nada de combinaciones detonantes, nada de cintas, hebillas, flores y adornos policromos que hacen confundir un traje de dama con la abigarrada blusa de un jockey o el terno coruscante de un lidiador.

En invierno prevalecen los colores obscuros, las túnicas de terciopelo ribeteadas de piel,

los abrigos de loutre, de astrakan, de kolinsky. Cinturones de metal ciñen al cuerpo los pliegues sueltos del vestido. El fieltro para los sombreros, las plumas, los zapatos negros o cafés. Los soberbios atavíos de teatro en colores claros, oro o plata también, lisos sin sobrecargo de adornos, encajes finos, peinado sencillo que encubra todo lo posible las tenacillas del peinador...

En verano los colores claros, organdí, seda, muselina trasparentes, frescos, agradables a la caricia del sol, en las tardes perfumadas de Palermo....

Si sólo la argentina fuere un manequí de exhibición, no nos habríamos ocupado ciertamente en ella.

Hay algo que la hace extraordinariamente acreedora a nuestra simpatía.

En pocas partes se podrán encontrar mujeres con tan profundo sentido de las cosas y con erudición amplia y sólidamente establecida.

La generalidad de las damas de la alta sociedad y de la clase media poseen a la perfección el francés, tocan el piano, suelen dibujar o escribir y saben ¡cosa estupenda! conversar.

La literatura francesa encuentra, indudablemente, su más importante mercado de expansión en Buenos Aires, y el setenta y cinco por ciento de los lectores de obras francesas, de imaginación y de sentimiento, es femenino.

La novela argentina soporta tiradas inve-

rosímiles ¡veinte mil, cincuenta mil, ochenta mil ejemplares! merced a treinta mil mujeres desde la dama más encopetada, hasta la más humilde "mucama", que leen las interesantes narraciones de Manuel Gálvez o los folletines de Hugo Wast.

Sé de librerías con público esencialmente femenino y ellas entran a estas tiendas de libros con el agrado, la facilidad y la frecuencia conque van a los almacenes de modas, al salón de la manicura o a tomar te con las amigas.

El público femenino es superior al masculino y tal vez más inteligente, en los conciertos, en las exposiciones y en el teatro.

Ya en poesía está gallardamente representado en estos países limítrofes por Alfonsina Storni, Juana de Ibarbourou y Gabriela Mistral.

Todas las niñas que van a las carreras los domingos por la tarde y vibran de emoción cuando Pulgarín o Moloch, los favoritos, recortan en el aire sus siluetas finas de caballos "pursang" las que despotrican de trajes en los salones de las amigas o flirtean inocentemente frente a una mesa en la que humea el te, van a los conciertos de las cinco en el Odeón y por la noche a la ópera en el Colón.

¡Ah! y también por la mañana a una partida de tenis. La argentina que no ha ganado un campeonato no se considera perfecta. Es menester la copa para alardear de mujer '"bien plan-

tada''. Por eso las niñas son ágiles, músculo elástico, nervio sensible.

Mi homenaje para ellas y mis votos porque la mexicana la imite en todo y....solamente en esto.

Buenos Aires, enero de 1922.

EL TEATRO ARGENTINO.

Se ha hablado últimamente mucho del teatro nacional argentino con motivo de las representaciones dadas en París por la compañía dramática de Camila Quiroga. El éxito artístico no ha sido grande, a juzgar por las reservas que ha tenido la crítica española y parisiense para juzgar la labor, tanto de los autores, como de los actores rioplatenses en Europa.

Le bon homme Chrysale, el sutil cronista de **Los Annales** se ha referido a la compañía de la señora Quiroga en forma deferente, aunque con cierto dejo de ironía y ha recomendado a los franceses que concurran al teatro siquiera en reciprocidad a los agasajos que en Buenos Aires se tributan a poetas, conferencistas oradores y políticos que con frecuencia visitan la capital argentina. "Debe ser muy interesante lo que los autores argentinos dicen en el teatro a juzgar por los ademanes de los actores en la escena" exclama el ladino escritor francés a que nos referimos.

Lo que Camila Quiroga ha hecho en Europa puede reducirse a lo siguiente: a un triunfo de buena ley para el malogrado autor uruguayo

Florencio Sánchez, en sus obras **Barranca abajo** y **En familia** y a un paseo provechoso por tierras de España para actores que suelen necesitarlo ¡Ah! también a la celebración de convites y veladas en que se ha hablado mucho del urgente acercamiento de España y América, de los vínculos tradicionales que nos unen con la Madre Patria. El lugar común ha tenido, pues motivo para regocijarse. Se representaron obras de Vicente Martínez Cuitiño, de García Velloso, etc.

¿Cómo ha nacido el teatro que ahora se atreve a representar en España aun descontando la benevolencia política de literatos, escritores y público madrileño?

Es cosa que merece ser contada para enseñanza de nuestro público mexicano enemigo acérrimo de los dramaturgos de su país.

Boberto Giusti en su biografía de Florencio Sánchez dedica un capítulo de reseña a los orígenes del teatro rioplatense. La primera obra representada fué una pantomima tomada de la novela **Juan Moreira** de Eduardo Gutiérrez. Sucedía esto en el año de 1884. ''Grosero y primitivo el espectáculo que tuvo por escenario un peligroso tabladillo improvisado en el picadero de un circo y por actores unos saltimbanquis mal vestidos, sin embargo, la crítica histórica que observa sus efectos e influjo posterior lo señala como fecha capitalísima'', dice Guisti. José Podestá introdujo en la pantomima un diálogo burdo, extractado de la novela, haciendo de la pantomima una verdadera obra

dramática. Tras de Juan Moreira vinieron Martín Fierro, Juan Cuello, Juan Soldao, Julián Jiménez y toda la falange de gauchos indómitos, cerreros, enemigos de la policía y símbolo de un nacionalismo exclusivista y bárbaro. "Gloriosa montonera que conquistó los destinos del futuro teatro nacional rioplatense. Los gauchos de la parodia vencían como los de las patriadas", dice Rossi.

Y los autores comenzaron a escribir: Elias Regules, Orosman, Moratorio, Víctor Pérez Petit...

El primer éxito digno de tomarse en cuenta fué **La Calandria** de Martiniano Leguizamón, obra ya más seria, más completa, con tipos mejor pintados, que significó un paso en la evolución del teatro argentino, en el afinamiento y humanización del gaucho, personaje central e indispensable del drama.

Al teatro "gauchesco" sustituyó el teatro "orillero" derivación del sainete español. La dramaturgia campirana dejaba sitio a la de la ciudad. El gaucho corajudo y enemigo de la policía al "compadrito" no menos enemigo que él de la gente de uniforme. Multiplicáronse los dramaturgos. Acrecentóse la producción. La cantidad superó a la calidad. Escribióse de todo: sainetes, dramas, comedias, revistas, "pochades". Hablaron los personajes del pueblo: obreritas, "compadritos", "malevos". Lo cómico redújose al español macarrónico de vascos, italianos y gallegos. Los actores hicieron su especialidad en la creación de estos tipos.

El conflicto de amor que tiene por escenario el cabaret fue el preferido. Multiplicáronse las "milonguitas" contando su historia de amor y de dolor, muchas veces inconfesable. Hasta se hizo drama histórico y la dictadura de Rosas ocupó el escenario con sus "mazorqueros", conspiradores, camisetas rojas y chalecos punzó. No sabemos si Manuelita fue personaje de algún drama sombrío como lo fué de alguna novela folletinesca de autor francés.

Un viejo rezago del romanticismo hizo el milagro de resucitar el tipo gauchesco en una obra llamada **La piedra de escándalo**, de Martín Coronado, y "durante algún tiempo fraternizó el gaucho de bombacha con el de chiripá, el sedentario y pacífico con el pendenciero y nómade, junto a la estancia o la chacra siguió viéndose en la escena el campo abierto y bárbaro, la pulpería, el cepo".

Después, Florencio Sánchez con **M'hijo el dotor** y la derivación del teatro por los arcaduces que este autor, poderoso ingenio dramático le señalara. La piedra angular de la dramaturgia rioplatense había sido colocada; el camino desembarazado y amplio; el público aficionándose cada día más y más a un teatro que, de cerca o de lejos, retrataba las costumbres de la vida ciudadana o discurría con los campesinos por los fáciles senderos trazados en el corazón de la pampa. En torno a Florencio Sánchez se agruparon comediógrafos que pronto formaron legión. Lo más importante: Víctor Pérez Petit, Ezequiel Soria, Enrique García

Velloso, David Peña, Roberto J. Payró, fundador del teatro de ideas, Gregorio de Laferrere, Alberto del Solar, José León Pagano, Otto Miguel Cione, Alberto Ghiraldo, Arturo Giménez Pastor, Julio Sánchez Gardell, Alfredo Méndez Caldeira, Pedro Pico, Alfredo Duhau, Vicente Martínez Cuitiño, José González Castillo.

Desgraciadamente, a medida que el teatro argentino producía grandes rendimientos, transformábase en objeto de comercio. Cotizáronse las obras como simple mercancía. Se busca el dinero más que el aplauso de la gente sensata y culta. Por ello la comedia fina tiene poquísimos cultivadores, que sobran en género libre, a la comedia ''hilarante'' como llaman aquí a la astracanada, a la revista insulsa y descosida.

—''Es triste—decíame un periodista—es triste observar lo que sucede en nuestros teatros. Los autores escriben exclusivamente con el espíritu puesto en el señor burgués, grueso, torpe, casi analfabeto, que concurre a hacer su digestión al teatro, o para la damita cursi que arrastra a sus papás al espectáculo, para llorar con las sensiblerías que se dicen en la escena!

Los propios autores y críticos argentinos hablarán acerca de su teatro con una rudeza y una exigencia que en nosotros podría parecer casi excesiva.

Oigamos lo que dice Giusti en su biografía de Florencio Sánchez: ''Unico afán de compa-

ñía y de autores es dar la pieza que obtenga el mayor número de representaciones. Todos miran la pieza que pueda darse cien, doscientas veces consecutivas poco importa por qué y cómo. Pasaron ya los tiempos en que Florencio Sánchez vendía sus mejores comedias por unos cuantos centenares de pesos... Los éxitos se miden por los saldos que deja el **bordereaux**

Los periódicos ya no preguntan al terminar las temporadas cuáles fueron las obras más bellas y más fuertes, sino cuáles han dado más dinero a su autor''.

Y Alfredo Bianchi, en su obra **Teatro Nacional** Buenos Aires, 1920: ''Nuestro teatro se halla en plena barbarie. ¡Barbarie! La palabra puede parecer un poco dura, pero es la única verdaderamente justa. Un mal humillante, un mal contagioso ha invadido los escenarios: la inmoralidad y la grosería...Al salir, después de haber asistido a la representación de algunas obras que hoy se estrenan, me preguntaba, ¿qué singular extravío podía haber guiado la mente del autor a concebir tal asunto y a entregarlo en manos de una compañía? Porque hemos visto cada obra...! Ah, cada obra!''

Desde otro punto de vista Juan Pablo Echagüe (Jean Paul) dice del teatro rioplatense: ''El arte escénico argentino suele fallar por la observación cabe decir, por la base. Su pecado original es la falsedad que deriva del calco. En vez de reproducir del natural copia de libros. En vez de crear imita y preguntamos: ¿se puede llegar a fundar un arte propio contramar-

cando elementos ajenos? ¿Donde no hay verdadera originalidad, puede haber arte?''

La última crítica de uno de los más penetrantes y justicieros jueces de la producción dramática argentina es exacta. Dos terceras partes de las piezas que forman el repertorio argentino son reductibles a un argumento único variable en sus peripecias; pero el mismo siempre en el fondo. La campesina joven y bonita, hija de gauchos viejos que es seducida por el señorito, generalmente ''dotor'' de la ciudad, quien la abandona al fin. Argumento que ya aparece en alguna de las obras de Sánchez. A este drama sentimental mézclase el desalojo del viejo ''paisano'' por los mismos padres del ''niño'' seductor, aunque muy pocas veces con el patético realismo que ha puesto el dramaturgo uruguayo en **Barranca abajo.** El resto ha sido tomado al teatro extranjero en préstamo, sin que esto quiera decir tampoco que de cuando en vez aparezcan por ahí obras dignas de un teatro que presenta un buen número de obras representables.

Como datos interesantes copiamos a continuación unos datos que interesarán a nuestro público y que le darán idea del extraordinario movimiento teatral de Buenos Aires. Funcionan en la ciudad cinco teatros de comedia nacional dirigidos cada uno de ellos por un autor de nombradía y otros cinco de comedias, sainetes y revistas que producen un ingreso de........ $550.744,000 anuales a la Sociedad de Autores argentinos. El año de 1920 se estrenaron las si-

guientes piezas que pasaron de las cincuenta representaciones consecutivas:

Obras en tres actos:

Melgarejo, de Florencio Parravicini con 334 representaciones; **El Vasco de Olavarría** de Alberto Novión, 286; **La Santa Madre** de Vicente Martínez Guitiño y José González Castillo, 273; **Mi prima está loca** de Francisco E. Collazo y Torcuato Insausti, 204; **Mamá Clara** de Federico Mertens, 17; **El pobre hombre** de José González Castillo, 128; **La propia obra** de César Iglesias Paz, 88; **Dios te salve** de José Pedro Bellán, 82; **Cuervos rubios** de Martínez Cuitiño, 70; **Te quiero, te adoro** de Roberto Gache, 65.

Parravicini cobró de derechos por su **Melgarejo** $45.908.62 y el autor de el **Vasco de Olavarría** $23,798.76.

¿Qué dicen después de esto los autores mexicanos que mendigan por los escenarios que pueblan comiquillos extranjeros y tontos la representación de una obra que no les ha de producir sino decepciones?

Buenos Aires, mayo de 1921.

LA MUSICA CRIOLLA ARGENTINA.

En el ambiente cosmopolita de la ciudad de Buenos Aires se ha dejado sentir, por unas noches el perfume agreste de las canciones y los bailes populares del interior, en su acción dramática y forma melódica elemental. El interés que ha producido ello, mentiríamos si dijéramos que ha sido universal; pero sí lo suficientemente generalizado para dar a las audiciones de canto y baile criollos una importancia que mucho se dudaba que alcanzaran estos espectáculos.

Buenos Aires, más que ciudad ninguna, debe ser considerado como refugio de toda actividad humana. Lo que hay de bueno y de malo en el mundo viene a fundirse y transformarse en esta turquesa que es la ciudad moderna y a producir el modelo consiguiente, hecho de otros pequeños modelos ya gustados en el extranjero. Una moda, por ejemplo, lanzada en Londres o París, adquiere en Buenos Aires fisonomía propia y caracteres determinados, al grado que haríamos muy mal en elogiar como parisiense ese vestido, adorablemente sencillo, conque pretende cubrir su cuerpo una

"niña bien" en la calle Florida o señalarle procedencia inglesa a ese traje que porta, no sabemos si con elegancia o no, el caballero que se exhibe tarde a tarde, en las puertas del Jockey Club. Uno y otro, el femenino y el masculino, son esencialmente bonaerenses. Es decir, lo más chic y lo más propio de la América toda de la que Buenos Aires es el emporio indispensable, tanto más cuanto que ni los mismos Estados Unidos gozan por estas latitudes de ningún predicamento. Un sacrilegio, una irrisión sería pasear por la Avenida de Mayo o por Florida, escaparate de toda belleza y muestras de toda elegancia, un traje confeccionado en alguna de las tiendas neoyorquinas, cómodos y todo; pero de una aberración extrema.

¿Qué será, pues, en lo demás? Buenos Aires no es como México, Lima o tan siquiera Santa Fe de Bogotá, ciudad de tradición arraigada, costumbres vernáculas, mantenidas en su mayor o menor integridad; pero mantenidas al fin con solícito cuidado. La Semana Santa ha pasado sin que apenas nos dieramos cuenta de ello, ¿podría suceder tal cosa en México? Lucha con la corriente cosmopolita que tiende forzosamente a borrar todo carácter propio que pudiera establecerse. Y cosa natural, la ciudad busca una tradición propia y trata de forjar con ahinco una cultura que suele ser, por el momento, artificial; pero que, con el tiempo adquiere virtud de sobrevivir por su propia excelencia. Mucho hará la Argentina cuando en las venas de sus hijos logren mezclarse y con-

fundirse las sangres tan diversas que en ellas hierven, desde la anárquica del ruso hasta la blanda y apacible, aunque tozuda, del gallego o la independiente y laboriosa del vasco.

Dificilmente habrá, además, en cualquier parte del mundo, ciudad que consagre mayor espacio a los espectáculos. El viajero curioso encontrará en ella de todo, desde el concierto sinfónico y el drama musical, hasta la piecesilla jocosa, sin importancia y feble de los tablados de género chico, sin contar con los espectáculos que por su estragado sabor a pimienta, monopolizan determinado público. Los teatros pueden clasificarse en dos grandes secciones: los que dedican sus escenarios a la representación de espectáculos extranjeros, y los que ofrecen a la producción, cada vez creciente del drama, la comedia, o la zarzuela nacional, sus tablados, plantada sobre ellos orgullosamente la bandera celeste y oro de esta hermosa república. No hay que buscar pues, en la ciudad cosmopolita, lo pintoresco, lo exclusivo, lo propio de la Argentina. El medio es lo suficientemente refinado para excluir lo genuino. Habrá que penetrar en la campaña y ver de obtener de ella lo que la ciudad escatima con un poco de desprecio.

El gaucho criollo, con sus costumbres, andanzas y caballerías, que suele causar risa en la ciudad cuando se presenta, cabello largo a la espalda, "chiripá", o bombachas amplísimas, rebenque en mano y facón al cinto, por esas calles de Dios pobladas de "niños bien"

que a la moda visten, se esconde muy adentro del territorio, con sus vagidos de arte primitivo; pero frescos y jugosos. Los rasgueos de la guitarra, las canciones de los payadores anónimos y sobre todo, las danzas típicas y ¡tanto! han sabido sacudir de su modorra a la ciudad y conmoverla en estas noches cercanas al invierno con la frescura de una inspiración niña. Y al oírlas, ¡Dios mío! yo también me he conmovido. Se parecen tanto a las nuestras, a las que hemos oído cantar en el interior de nuestra tierra, en las haciendas del Bajío, en los ranchos prendidos a la sierra, en los campos poblados de sonoridades...!

Figuraos un teatro henchido de gente acostumbrada a percibir muy otros sonidos que los que van a señorear el escenario. El cuadro es pintoresco, y sugestivo: un rancho preparado para la fiesta, una rueda de cantores y bailarines ataviados con el traje típico del gaucho Los hombres de bombacha, pantalones amplios metidos en la bota de anca de potro, o bien el chiripá, mascada al cuello y poncho al hombro, las mujeres con sus faldas de cretona muy holgadas, de colores vivos y alegres que marcan el ritmo al revuelo de los holanes aplanchados, la blusa de lo mismo, las trenzas a la espalda y una cinta o listón atado a la cabeza. El traje es de campesina hacendosa, limpia y discreta. No de campirana rica. Nuestra china vería con el rabillo del ojo a su colega la criollita del sur.

El cuadro nos es conocido: cambiad mental-

mente los trajes de los concurrentes al bodorrio y tendréis una pintura de género tan mexicana, como la que más. Poned a los gauchos el traje de nuestros charros y a las mozas la enagua de castor, el rebozo de tenancingo y la camisa con randas bordadas y tendréis inmediatamente una fiesta en la hacienda. La orquesta se compone en este caso, de una harpa, (como la que suelen tañer por nuestras casas de vecindad los ciegos que venden azucarillos), un tambor de caja grande, una flauta, un violín y una guitarra, ¿no son estos los elementos constitutivos de cualquier orquesta rústica, en toda barbería lugareña?

Empieza la fiesta. Se agrupan todos en redor del que tañe la jarana. Van a entonar una "vidalita". Se llamará: "Una prenda que dejé..." "Me causa un sentir..." "Ausencia..." ¿No conocéis canciones nuestras con el mismo nombre o parecido? Ahí va la letra de alguna de ellas, de estas "vidalitas", que sin tener nada de común con nuestros cantos populares, tienen tanto:

Después de decir que sí,
dices que no has de poder;
toma este ramo
dame un clavel.

Por los montes y espesuras,
yo caminando andaré;
toma este ramo
dame un clavel.

De pena me estoy muriendo,
los motivos no los sé,
toma este ramo
dame un clavel.

Al lado'e la sepultura
donde mi madre enterré;
toma este ramo
dame un clavel.

Toda la noche despierto
tan grande pena lloré;
toma este ramo
dame un clavel.

"Adiós" te digo llorando;
ya no te volveré a ver,
toma este ramo
dame un clavel.

¿Que no tienen que ver nada con las nuestras? Sí, y mucho, como ellas son producto de melancolía y de dolor, las inspira una musa popular fresca y sincera, y tienen un mismo origen: la copla andaluza, la saeta sevillana. Ahí va, por ejemplo, la letra de una zamba:

Dolores son los que paso
tan sólo a considerar
por lo que vivo penando,
no me tienes voluntad.

Una canción argentina, vidalita, zamba, tonadilla, causando al colombiano la misma impresión que sus guajiras, o al mexicano que las

"valonas" hacen más por el acercamiento moral y espiritual de los pueblos de América, que doscientos discursos sobre intercambio continental. Entre un verso y un argumento geográfico, dialéctico o histórico, hay que preferir lo primero, por más cercano al corazón. Y entre una "vidala" y una "valona" hay la misma relación de elementos melódicos simples, sin complicaciones, sanos y frescos como flor que crece en los campos oreada por el sol y cobijada por el cielo. Letra ingenua, triste o melancólicamente alegre, alguna vez picante sin grosería y sin alarde.

Y vino la danza. La danza que todo lo expresa y que todo lo dice, desde la emoción primaria hasta el arrebato dionisiaco de la vida. Todo lo que llena el alma y la rebosa, todo lo que ha menester expresión, y si no hay sonidos capaces de manifestarlo, recurre a la danza como medio ideal. La danza fué el punto de partida de todas las artes en una civilización que no ha tenido segundo, y esa "es la razón por la cual—nos dice Edouard Shuré—fueron tan verdaderas". He aquí cómo nos explica don Ricardo Rojas, eminente historiador de la literatura argentina, los bailes que estamos presenciando: "La nomenclatura de los bailes del norte argentino, sugiere claramente la intención de sus símbolos: "el prado" es la invitación galante; "el escondido" la esquivez femenina; la "zamba" el cortejo erótico; "la chacarera", el "gato", el "marote", remedan el frenesí del amante con su zapateo que se pare-

ce a los circulares asedios del gallo; "el triunfo es ya la conquista epónima, coronamiento de la dulce aventura. En dichas danzas las partes de la pareja no van unidas por el abrazo, y antes, por el contrario, hay en la mimodia tal recato gentil, salado, a veces, de malicia, que junto con la gracia de las mujeres, impresiona en ellas la delicadeza cortés de los varones. Acaso entre todas, sea la zamba la que está destinada a un éxito mayor, por la voluptuosidad de la música, y la elegancia de los gestos; sin excluir por ello, a los bailes de zapateado, que aunque son más difíciles, suelen arrebatar a bailantes y espectadores en la loca agilidad de sus movimientos".

¿No os parece que el autor describe las mudanzas de nuestro típico baile nacional: el jarabe? Todos esos pasos aislados, no son sino elementos de una danza y que esa danza evoca todo un poema de amor desde el requiebro hasta el triunfo, no de otra suerte que los diferentes romances del romancero son trozos de una epopeya primitiva y única, la que constituye la gesta española. El jarabe es, pues, la síntesis del drama humano que en fragmentos nos exponen los bailes típicos argentinos. Agilidad de pies que se trenzan en un canevá inverosímil de figuras, he ahí la técnica de estos bailes, como lo es en nuestra tierra.

¡Cómo se parecen a los nuestros! Es la exclamación que brota de los labios de cualquiera al presenciar las evoluciones de los bailarines en el escenario. Sólo que la música de éstos

es más monótona, menos rica y pintoresca que la mexicana. No tiene esa picardía ingenua de nuestro jarabe que tanto se aviene a la idiosincracia del pueblo mexicano.

Aquí está el arte genuino y verdadero de la Argentina, más que en el tango producto voluptuoso y atormentador, y hierático al mismo tiempo de la urbe cosmopolita, más que en el "pericón", danza por lo demás originalísima, que no ha nacido como el tango en la ciudad sino en el campo también, en las pulperías de vascos, en las tardes de los domingos. agobiadoras de calor y al son también de la indispensable arpa, del violín agudo y de la guitarra compañera del payador. Por estos bailes populares la nacionalidad se afirma más que por los discursos ayunos de sentido o por los tratados colmados de citas de sabios y de eruditos. En España se cultivan con esmero. Rusia ha encontrado su fórmula en ellos, y la compañía de Jean Borlim, busca para los países escandinavos un lugar preferente en la historia coreográfica de las naciones.

Buenos Aires, marzo 29 de 1921.

EL TEATRO CERVANTES EN BUENOS AIRES.

Se halla vuesamerced ante el coliseo nuevamente abierto a la curiosidad de los transeuntes en esta bella ciudad y puerto de Santa María de los Buenos Aires. No es, seguramente, por sus proporciones y belleza, semejante a aquellos que se abrieron en la Villa y Corte al promediar el siglo XVI. El corralón de la Pacheca, el Príncipe, eran humildes en su fábrica, importantes en la historia, por haber sido cuna del teatro español que alumbraba el cerebro portentoso de aquel "fénix" orgulloso de su genio en los tablados, gallardo en las calles de Madrid y mísero en las antesalas del Duque de Sessa.

Bien que los tiempos eran muy diferentes de los que vemos correr vuesamerced y yo por ahora. El escenario de este teatro es muestra de moralidad intachable, de castizo decir y también de cosas que fueron y que ya no son... Lejos están los tiempos aquellos en que pesaba sobre la profesión del cómico la cuasi maldición de Alfonso el Sabio en "Las Partidas". Los "facedores de escarnio" en aquellas re-

motas edades, son ahora "facedores de teatros" y llevan encima, además, títulos de nobleza y grandezas de España que levantan a pináculo muy alto la humilde profesión del farsante.

En los tiempos del corral de la Pacheca no había teatro; pero en cambio insignes autores llenaban con su genio el pobre recinto que encuadraban las paredes blancas y lisas del patio. Ahora hay teatros; pero los autores han desaparecido de la escena hispana, asaltada por payasos que convierten en pista de circo el escenario en que resonaron los versos de Lope, de Calderón y de Tirso.

Casi diría vuesamerced que espera ver salir en parvada a los escolares por aquel portalón que se abre hacia la calle Libertad, o que tras esos vitrales puede aparecer la figura magra del Cardenal Francisco Jiménez de Cisneros. Los comediantes han querido reproducir en la fachada los nobles trazos renacentistas de la muy ilustre Universidad de Alcalá de Henares, seminario de gloriosas ideas y abrigo de preclaros ingenios, empezando por el que da nombre al teatro. Si desea entrar vuesamerced, tropezará en seguida, al comprar los billetes para la representación de **La dama boba,** de Lope, con una rejilla que copia la de la Casa Consistorial de Salamanca. Más allá la ventana de la casa del Greco en Toledo, ahora evocada por Fernández Ardavin en su **Dama del armiño,** bella obra lírica y frustrado intento dramático, nos descubrirá un bello y florido rincón en el que

la severidad castellana y la alegría andaluza se hermanan en el violento reventar de los claveles sobre los toscos tiestos de arcilla; un gran jarrón morisco, un estandarte de damasco, un escudo real, completan la suntuosa visión del vestíbulo de este palacio convertido en teatro o de este teatro convertido en palacio.

Ascendamos por la escalera que se descubre a derecha mano; pare mientes vuesamerced en el maravilloso trabajo del pasamano y en el lambrín de azulejos que recubre el muro. Más allá, una hornacina, un retablo...

Las alfombras que cubren el piso de ladrillos y azulejos reproducen tapices y alfombras de las colecciones del Palacio Real y fueron tejidas por la Real Fábrica de Tapices. Lindos damascos ocultan las paredes.

No piense vuesamerced discurrir por los claustros de un convento, que tal parecen estos pasillos encalados y esas puertas cuidadosamente labradas. Nos alumbran candilejos y velones de la época de don Felipe II. Por una puertecilla podemos otear el amplio salón, todo de rojo y oro viejo adornado. Los antepechos de palcos y tertulias son de bronce ricamente aderezado, las butacas figuran sillones fraileros y ostentan, en el respaldo, el escudo del fundador de la ciudad, el capitán don Juan de Garay. El telón es, asimismo, de damasco rojo y lleva, en su medio, el blasón de la ciudad de Buenos Aires, una águila coronada y una cruz. Debe ostentar el "Gabino Stuyk me

fecit'', ya que así se llamó el director de esta obra en la Real Fábrica de Tapices de España.

Vargueños, sitiales, velones, abundan en palcos y aposentos y la confitería es alegre, simpática y hasta luminosa en medio de la severidad ambiente del teatro.

Arrellanado cómodamente en su butaca, vuesamerced oirá la representación. Habrá llegado a los oídos de vuesamerced la fama de estos comediantes españoles, que han paseado el carro de Tespis por el mundo ibero, cosechando aplausos y amasando doblones.

Si no sabe vuesamerced nada de ello, ahí van unas ligeras consideraciones que le harán saber lo que son y lo que significaron los marqueses de Fontanar y condes de Balazote en el mundo de la farándula.

Ha de saber vuesamerced que la tradición del teatro español ha sido siempre romántica, romántica desde las comedias de Torres Naharro hasta los violentos desafueros de Echegaray. Nunca mayor desprecio por las reglas que llegaron a considerar clásicas los franceses, ni nunca tampoco mayor libertad personal en los autores para crear sus dramas. Cierto que no es un teatro de ideas, sino más bien un teatro de ''ballet'' o de contradanza. Ya lo ha dicho Jorge Meredith. Escrito en buenos y sonoros versos, había menester, como condición indispensable de triunfo, hábiles recitadores que deleitaran al público con la habilidad técnica de las tiradas líricas, casi siempre de valor externo y circunstancial. El énfasis que había de poner

en esas obras solemnes o festivas el actor, nacía casi naturalmente de la siempre altiva y enfática condición de los españoles de aquellos tiempos, así los que gobernaban como validos del rey, como los que representaban a diario la "epopeya del hambre" en los hostales, ventas, bodegones y tabernas de la Villa y Corte, de los campos soleados de Castilla o de las florecidas vegas de Valencia y Andalucía.

Creóse entonces el tipo del cómico español que se ha prolongado hasta nuestros días. Vuesamerced repare en la poca diferencia del pobre "autor" o representante de los tiempos de Lope, andariego, fanfarrón y retórico, al actor, marqués y conde de nuestros días, andariego, fanfarrón y retórico también. El de hoy, como el de antaño, "grita" y "canta" los papeles, gusta del alarde en la voz y en el ademán, fuerza el aplauso con la elevación de la voz y el indispensable "latiguillo". Y es que, en honor de la verdad, no pueden hacer otra cosa; una obra meramente externa y formal, debe representarse así, formal y externamente. Autores románticos habían menester de actores románticos. El drama de Dumas, padre, requirió el arte de Bocage, el de Musset, la elegancia de Brindeau. Un buen actor español puede acotar su papel a voluntad, señalando los pasajes de "efecto" seguro, de aplauso obligado. Al teatro del Duque de Rivas, de Zorrilla y de García Gutiérrez corresponden Calvo, Vico y Mario, al de Echegaray, María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Y ya sabe vuesamerced lo

que fué Echegaray: el dramaturgo químico, el autor matemático, el brujo de la escena, nada más.

María Guerrero estrenó en el "Español", hacia el año de 1880, la obra **Siempre en ridículo** del mago, y fué de ahí en más la única intérprete oficialmente reconocida de un teatro que hizo triunfar ampliamente. Vinieron **Mancha que limpia, El estigma, Malas herencias, La calumnia por castigo, El loco Dios,** etc.

Una de las cosas más difíciles para el artista, y sobre todo para el actor, es la de retirarse a tiempo. ¿Quién puede medir el instante preciso en que la estrella culmina en el cenit? La edad va despojando de todas las facultades que adornaban al artista. ¿No se sobrevivió Echegaray? El público cambia de gustos y tórnase esquivo. María Guerrero, mujer insigne en su oficio, tuvo señalado su papel en la historia literaria y dramática de España, fué intérprete insubstituible de un teatro que, a pesar de todo, es glorioso, porque interpretó el genio de una nación en un instante de su vida. A la discípula de Teodora Lamadrid y al marqués de Fontanar le deben mucho los dramaturgos y el teatro español. Gracias a la esplendidez del conde, la dramática castellana llegó al decoro que el reino de España pedía y fué posible el florecimiento de una literatura que en algún autor llega a lo excelente.

Pero... vuesamerced sabrá todo lo que encierra este reparo. María Guerrero ha sido maestra en la escuela española de declamar,

sabe producir en ella el efecto consiguiente a una declamación vigorosa y castiza, alguna vez con profunda vibración espiritual, y sigue siendo doña María Guerrero, a pesar de que los tiempos cambian y la vida se va quizá sin sentir...

Ahora el teatro es otra cosa que un mero alarde declamatorio. Maeterlinck, Dunsany, Andreiev, todos esos autores, en los que no cree don Fernando y Paul Claudel y Francois de Curel, y todos los franceses que don Fernando desdeña, nos han hecho comprender el valor del silencio, de las palabras no pronunciadas, de los sonidos ahogados, de los murmullos sordos, todo aquello que ya adivinábamos en el Musset de las **Comedias y Proverbios.** Del grito, de la actitud desmesurada, al sollozo, a la palabra que no se llega a pronunciar, al instante mudo, a la pausa, al silencio de oro...

El momento no es para los artistas que saben gritar, antes para los que saben callar.

El último alarde retórico, el más bello tal vez, ha sido este teatro "Cervantes" que los bonaerenses han recibido en donación.

Buenos Aires, septiembre de 1921.

INDICE.

LAS CIUDADES

LOS HOMBRES

ALGUNAS MUJERES

EL ARTE, LAS COSTUMBRES, LOS ESPECTACULOS

OPINIONES

SOBRE

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

"Como en la vida", su bella obra dramática, me ha proporcionado una nueva satisfacción, ahora que he podido leerla para mí solo. Ha soplado usted aliento y vida, como lo dice en su proemio sobre "hombres de carne y hueso" y no sobre "marionetas de un teatrillo Guignol". Su diálogo es fluído y gallardo; propio con el realismo-idealista (si así puede decirse) del verdadero teatro humano, que nos hace presentir altos y nobles "valores" morales. Revela la ciencia genuina de los verdaderos autores dramáticos. Las situaciones son poéticas y profundamente interesantes. Los caracteres, a veces, inolvidables. El bello "Epílogo" vale por muchos dramas, ayunos de sentimiento y carentes por completo de elevación".

ANTONIO CASO,
Rector de la Universidad de México.

"Con toda justicia fueron elogiados en esta interesante pieza el excelente desarrollo, los diálogos irreprochables, el gran partido sacado de las situaciones escénicas, y el ambiente mexicano que no llega nunca a degenerar en el localismo estrecho, incapaz de ser gustado en la escena extranjera. Entre los escritores

que escriben de buena fe y con reales talentos para el teatro, ocupa ya Jiménez Rueda un lugar distinguidísimo, y será de los que más contribuyan a la creación de un arte difícil que tiene entre nosotros muy pocos cultivadores''.

ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ,
Ministro de México en la Argentina.

''Jiménez Rueda se propuso interesar a su auditorio mostrándole en la ficción de la escena algo que es corriente y vulgar en la vida, la historia de una muchacha pobre y bonita de nuestra clase media, que se ve impelida al sacrificio de su honor por el bienestar de los suyos''.

RAFAEL LOPEZ,
Director del Archivo General de la Nación.

''Como en la vida'' es una de las mejores comedias escritas en México. Jiménez Rueda es un serio factor de progreso en nuestro teatro mexicano''.

JOSE LOPEZ PORTILLO Y ROJAS,
Presidente de la Academia Mexicana de la Lengua.

''La obra de Julio Jiménez Rueda, contrariamente a lo que sucede con los premios de concurso, es digna de toda alabanza. La escena copiada de la vida misma de nuestra infortunada clase media; su verismo es palpitante. El argumento conmovedor y de enseñanzas morales clarísimas. Conmueve sin necesidad de ahondar. A flor de vida rasguña irónicamente la sentimentalidad con la vulgar caída de una mujer casi buena, arrastrada por la miseria y la popular sordidez de sus familiares... Jiménez Rueda se coloca con esta obra, en el grupo primero—y desgraciadamente cortísimo—de nuestros autores aplaudibles''.

XAVIER SORONDO,
(''El Universal'').

"Sin aspavientos ni declamaciones, esta comedia está llena de profundo dolor. No alardea la sensiblería, ni explota efectismos vulgares... Lo que vió, supo, pensó o adivinó, lo hace vivir frente a nuestros ojos, convencidos del verismo que discurre como un río cuya corriente nadie detiene".

JOSE L. DEL CASTILLO,
("El Demócrata").

"Como en la vida se lucha, se sufre y se sucumbe, expresa Jiménez Rueda en su ficción las tempestades de nuestras almas, y ha logrado convencernos y ha pintado con simpática delicadeza una colección de caracteres contrastados que nos interesan y nos arrancan risas de compasión y lágrimas de consuelo".

EDUARDO MACEDO Y ARBEU,
("Mefistófeles").

"Hay una escena bien lograda, verdadero hallazgo. Tal la escena de Laura y Leonardo, cortísima, cuando ella, indecisa en su amor por su novio, al mirarlo cerca de ella, se siente vencida y reconquistada, aun cuando sea sólo un instante solo, esta escena es real, vive por sí sola, porque es "como en la vida".

SANTIAGO MENDEZ A.,
("Revista de Revistas").

"La obra a que nos referimos, que fué estrenada últimamente, puede y debe ser un éxito para las compañías que la llevaron a escena".

("EXCELSIOR").

"Como en la vida" es la mejor comedia que hemos visto de autores mexicanos de la actual hornada".

("A. B. C").

OPINIONES EXTRANJERAS.

''Aplaudí con verdadero deleite, en ''Como en la Vida'', y no menor entusiasmo, la sana orientación de su obra dramática, la castiza soltura del diálogo y el talento de observación de las costumbres mexicanas que, en hábil desarrollo de la acción, se ponen tan de relieve''.

ANTONIO DE ZAYAS,
(Duque de Amalfi).

''Sua arte, feita de realidade, da melhor realidade que a vida nos pode mostrar, e un magnifico testemunho da cultura e de intelligencia da sua grande patria. Nao foi sorpreza para mim, que já conheco mais ou menos o alto gráxo da mentalidade mexicana, a leitura de sua peca. Seus typos sao arrancados com as raizes sangrando ainda, da triste terra deste nosso mundo mysterioso. Elles nao representan simplemente um esforcoda imagina cao creadora, mais ao revés, sao construidos com a propria materia da vida''.

RONALD DE CARVALHO,
(Crítico brasilero).

''Admiro, sobre todo, el primer acto, por la sobriedad, la naturalidad y el arte conque está construído. El diálogo es maravilloso''.

HORACIO MALDONADO,
(''La Mañana'', Montevideo).

BINDING LIST NOV 1 1946

HSAm
J616b

Jiménez Rueda, Julio
Bajo la cruz del sur.

448239

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED